

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE ABRIL DE 1893

Nº 32

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NÚMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.

EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA

DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL

(4.000 EJEMPLARES)

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

ORIGINALES.—NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTO.—Doctor Antonio Ramella.—El pozo de los ángeles, por la señora Pepita Calcaño de Caragol.—Los dos árboles, poesía de Francisco Pimentel.—Falstaff, traducido de El Figaro Musical.—Los hijos y las madres, poesía de Eduardo Calcaño.—El café, poesía de Ismael Enrique Arciniegas.—La fatuidad moderna, por Sofia Gay.—Hija pródiga, poesía de Samuel Darío Maldonado.—Miguel, por el conde León Tolstoy.—A Barinas, poesía del Doctor Francisco Javier Machado.—VARIA: El acento francés, crema

ción y repartidor automático, traducciones.—La hamaca, poesía de José Fornaris.—El Tocador, por la baronesa Staffe.—La última rosa, poesía de Julio Calcaño.—NUESTROS GRABADOS.—Indicador de calles y esquinas.—El pescador de Islandia, novela por Pierri Lotti.—Lumen, poesía de Abraham Z. López Peña.—Los Por qué de Susanita, por Emile Desboux.—Revista de la Quincena, por Eugenio Méndez y Mendoza.—Isidro Espinosa, por J. J. Brea.

GRABADOS.—Doctor Antonio Ramella, de fotografía.—Giuseppe Verdi, de fotografía de A. Ferrario.—Verdi, de fotografía instantánea.—Arrigo Boito, de fotografía de U. Campanari.—Última escena del Falstaff de Verdi.—CARACAS: Edificio del Centenario.—Interior del Asilo de Huérfanos y grupo de huérfanos del Asilo, de fotografías.—MÚSICA: La última Rosa, por Adina Manrique.—Elleja: A mi madre, por J. M. Suárez.

DOCTOR ANTONIO RAMELLA

Gobernador del Distrito Federal

No debía faltar en la galería de hombres políticos notables que hoy figuran en la actual administración, el retrato del DOCTOR ANTONIO RAMELLA, Gobernador del Distrito Federal.

Si la mayor parte de los nombramientos en las esferas de gobierno, hacen nacer de vez en cuando junto al aplauso la crítica, creemos no hacer encomio alguno al asegurar que el puésito discernido á nuestro amigo el señor DOCTOR RAMELLA ha sido unánimemente aplaudido por el público de Caracas, que vé en él una garantía, como persona que lleva un apellido que no mereció jamás sino bendiciones y justas alabanzas.

El DOCTOR RAMELLA, médico muy aplaudido, excelente obstetricista, ha guardado temporalmente el forceps y tomado por servir á la patria el cetro de gobernar. Deseámosle en su nuevo destino el aplauso y acierto que ha desplegado siempre en su profesión.

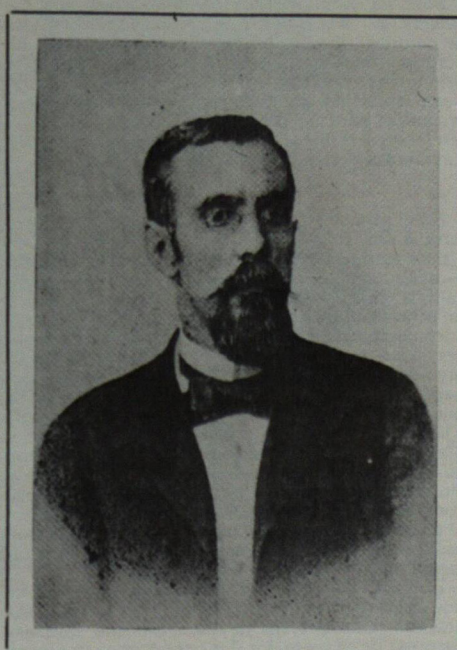
EL POZO DE LOS ANGELES

RECUERDO DEL ANAUO

AL SEÑOR JESUS MARIA HERRERA IRIGOYEN

Espiraba el día, el sol había desaparecido, y apenas quedaban en el firmamento algunos pávidos arreboles. En el cielo, claro y sereno, brillaba melancólicamente la estrella de la tarde, y un ligero airecillo, impregnado del aroma de las flores silvestres, rizaba levemente las aguas del río y moviendo las hojas de los árboles arrullaba en sus niños á los pajarillos.

Las orillas del Anaúco, tristes por sí, y regularmente solitarias, lo estaban más aún en aquel momento en que la noche se aproximaba. ¿Qué hacía allí aquella niña, sola y melancólica, sen-



DOCTOR ANTONIO RAMELLA

tada en un peñasco, juntas las manos sobre sus rodillas, fijos los ojos en el agua cristalina que se deslizaba á sus pies?

Apenas contaba quince años; y ya conocía la desgracia. No eran aquellos sus climas; el cielo azul de la Italia la había visto venir á la vida. Hija de un amor infeliz, no conoció á sus padres, y en vez de ellos recordaba sólo unos seres duros, inhumanos, sin la menor cultura, con la blasfemia por palabra, la pendencia por hábito, el golpe por razón, y que así descargaban entre sí, como la hacían á ella víctima de sus violentos arrebatos. Su alma, sensible y poética, de elevados instintos, se rebelaba contra aquella vida árida y brutal. Vivía en continuo sueño con cosas que ni había leído ni oído á nadie: seres muy bellos, acentos muy dulces, visiones halagadoras, bosques sombríos, fuentes, flores, selvas pobladas de aves; y atribuíalo al ángel de su guarda, que probablemente le hablaba del cielo mientras dormía.

Trece años contaba, cuando oyó un día, en la fuente á donde iba por agua, que se preparaba una emigración para un país de Sur América, que, según lo pintaban, debía de ser un paraíso. Al instante formó Marina el proyecto de escaparse; informóse del nombre del agente de emigración y de los pasos que había que dar, y una

noche, mientras dormían sus opresores, hizo un lío de sus pocos harapos, y huyó.

Después de larga y penosa travesía, llegó á las costas de Venezuela. El Colombo, que llevaba inmigrados para otros puertos, la dejó en La Guaira. Allí la metieron como un fardo en una carreta, y llegó á Caracas sola, triste, casi desnuda y sin otro amigo que Dios. Pero Marina tenía un alma pura como la de los ángeles, religiosa por naturaleza, tenía fe y sabía rezar; y así, fiaba en la divina misericordia. Por su belleza llena de candor, recordaba las vírgenes de Rafael. Trascendía de en medio de su miseria un aire de distinción que revelaba una clase elevada, á la que sin duda debía su origen. Hermoseaban su rostro oval unos grandes ojos, dulces y azules como las aguas del golfo napolitano, y espesos y rizados cabellos, de ese color castaño-dorado tan peregrino y raro de encontrarse. Su cutis era fino y nacarado; sus manos y pies pequeños y bien modelados; sus cejas ligeramente arqueadas; labios pequeños y graciosos y de tan suave encarnado, que hacían pensar en los corales de Ischia. Unía á todo esto una voz tan dulce, que todas sus palabras parecían caricias. Con todos estos atractivos, hubo de prendarse de ella una señora, que, buscando quien la sirviese, halló quien la cautivase; y la adoptó por hija.

La buena señora habitaba una quinta á inmediaciones del Anaúco. Era viuda y vivía sola, pues toda su familia se reducía á un hijo, y á este le tenía educándose en Nueva York. Vino, pues, natural el ganarse Marina la voluntad de su protectora, quien le puso maestros y la vió al cabo de un año poseedora de una regular educación; que la niña tenía la chispa inteligente de su privilegiada raza. Marina se sentía completamente feliz; vivía en un sitio encantador, veía realizados casi todos sus sueños, y sin cesar daba por ello gracias al cielo, rogándole al mismo tiempo por su bienhechora.

Al fin del año regresó Alberto del colegio. . . . Era este un mocetón de diez y siete años, muy desarrollado y hermoso, lo que llaman los italianos (y tal decía de él Marina) un *giovannotto*. Con su edad, su porte airoso, sus ojos expresivos, su ardiente color tostado y su alma apasionada, ¿qué había de suceder, siendo también Marina encantadora? Lo de siempre: se vieron y se amaron. Marina sabía que no debía pensar en el hijo de su protectora; pero pensaba. El sabía que su madre no querría que uniese su suerte á la de una huérfana desconocida; pero él sí quería; ¿el amor reflexiona, acaso? Con todo, aquel amor, aquella correspondencia de sus almas, que crecía de día en día, tenía por intérpretes más á las miradas y las sonrisas, que á la palabra hablada; y bastábales eso para gozar de una felicidad infinita. Pero la felicidad, como hija del cielo, huye pronto de la tierra, para volverse á él. Apercióse la madre de Alberto de lo que ocurría, y resolvió enviarle á Europa, con pretexto de que se perfeccionase en sus estudios.

Obedientes ambos á lo que el deber les imponía, se sometieron sin murmurar; y aquellos corazones, que se habían jurado un amor eterno, tuvieron que separarse, bien que despedazados.

La madre de Alberto, desde que hizo aquel descubrimiento hasta el día de la partida, ya no los dejaba solos. Pero á hurtadillas, pudo Alberto cruzar con Marina dos palabras de despedida, y, con la manecilla helada de la niña entre las suyas, le dijo: "Adiós, Marina! oye, que te lo prometo: nos reuniremos algún día, y, vivo ó muerto, volverás á verme." Momentos después, la cruel separación estaba consumada.

El terrible golpe dejó anonadada á Marina; sentía que solo la muerte podía acabar con su dolor; pero sabía que la muerte no viene cuando se la desea. Luego, si no podía, tampoco quería olvidarle, y aquel amor que la desgarraba era su única felicidad. Bastó una semana para que su aspecto fuese el de una sombra; ni dormía, ni se alimentaba, ni hallaba reposo en parte alguna. Una tarde bajó al río, aquella tarde en que, como dijimos antes, estaba sentada solitaria en un peñasco, entregada á sus melancólicos pensamientos. Había sentido como una fuerza irresistible que la conducía allí. Fijos los ojos en el pozo y arrebatada de dolor, pide á Dios que le quite una vida que no puede sobrellevar sin Alberto. Pero ¿qué es lo que ve de pronto dibujarse en el espejo del agua? ¿De dónde proviene ese tan gran resplandor? Es un buque que se quema...! ¿Y qué figura es esa, con el rostro anegado en lágrimas, que le dice adiós? ¡"Alberto, Alberto!" grita horrorizada, sin separar de las aguas del pozo sus fascinados ojos. Como en una linterna mágica, desaparece el buque para dar lugar á la imagen de un angel que le sonríe tendiéndole los brazos. ¡"Alberto de mi alma!" grita Marina y loca, sin darse cuenta de lo que hace, se arroja al pozo.

El cielo se apiadó de ella.

A la mañana siguiente hallaron allí el cadáver. Quien dijo que se había ahogado por accidente; y quién, que se había suicidado; y á la verdad, de todo había; porque el suicidio había sido un accidente, y el accidente un suicidio.

Mucho lloró la desgraciada señora la suerte de la pobre Marina, pero aún lloró más cuando supo del incendio del buque en que iba su hijo, desastre en que perecieron todos los de á bordo.

Cuentan que desde esa tarde, á la puesta del sol se ven allí retratados como en un espejo, dos ángeles bellísimos con los brazos entrelazados; y aseguran que las aguas del pozo tienen una virtud enteramente contraria á la de las aguas del Leteo: los que las toman, no olvidan jamás.

Liverpool: Enero de 1893.

PEPITA CALCAÑO DE CARAGOL

LOS DOS ARBOLES

Á MI AMIGO EL DOCTOR PEDRO ARNAL

Ostentando sus frutos por centenas,
No hay quien produzca como yo, decía
Un árbol corpulento y arrogante;
Otro árbol, tan raquítico que apenas
Tres frutas á lo sumo ostentaría,
Le replicó al instante:

No hermano en prodigar á manos llenas
Tantas cosas estriba lo importante,
Está la gracia en producir las buenas.
¿De qué te vale á tí vivir cargado
De frutos que no prueba ni el ganado?
¡Ni qué á mí tu producir fecundo!
Yo vivo en mi escasez muy estimado
Y tu abundancia la desprecia el mundo.
En las letras también hay escritores
Que producen escritos ciento á ciento,
Y que alcanzan idénticos honores
A los frutos del árbol de mi cuento.

FRANCISCO PIMENTEL

FALSTAFF

TRADUCIDO DEL "FÍGARO MUSICAL"

Italia acaba de alcanzar una brillante victoria musical. En el célebre teatro de la *Scala* de Milán se ha dado con éxito espléndido la primera representación de *Falstaff*, comedia lírica del célebre compositor Verdi.

Este estreno en el género ligero, de un maestro que nunca había escrito sino obras de gran fuerza dramática, tendrá tanto mayor resonancia cuanto que el autor de *Trovador*, *Traviata* y *Rigoletto* tiene hoy más de ochenta años de edad.

El interés que se atribuye á la aparición de esta obra nos decidió á trasladarnos á Milán, con el fin de ser de los primeros en oírla y en apreciarla; y nos apresuramos á decirlo: este viaje ha sido para nosotros un verdadero encanto, pues *Falstaff* lejos de parecerse á una de esas partituras de la decadencia, como á veces se nos han regalado, es una obra resplandeciente de juventud, de gracia y de inspiración.

La comedia lírica de Verdi está dividida en tres actos y seis cuadros. El libreto es del señor Arrigo Boito, músico ilustrado á quien se le debe la interesante partitura de *Mefistófeles*: poeta literato que ya había escrito para Verdi el libreto de *Otello*.

Boito ha sacado su poema de *Las Alegres Comadres de Windsor* de Shakespeare; obra esta de un orden literario poco elevado, pero muy divertida. Ninguno de los episodios de *Falstaff* ha sido tomado de *Henrique IV*, otra obra de Shakespeare, en la que ese personaje tiene un papel más favorable para su personalidad; el poeta se contentó con exhibir al héroe panzudo y vicioso, víctima de las burlas de las alegres comadres.

En el primer acto el doctor Cayus viene á quejarse á Sir John Falstaff por haber sido robado y maltratado por dos pícaros, Pistola y Bardolfo, —estafadores del séquito de Falstaff— como los califica Shakespeare. Falstaff se ríe del doctor y lo echa fuera de su casa; pero en seguida regaña á los compinches porque en sus fechorías se parecen á los malos cantantes: no saben observar la medida. Falstaff prosigue revelándoles que los negocios marchan mal; que ya no hay dinero, y que para conseguirlo ha pensado hacerle la corte á la señora Ford y á la señora Paje, dos burguesas que, según se dice, tienen á su completa disposición la bolsa de sus opulentos maridos. La señora Ford, sobre todo, se le antoja que debe de ser una conquista fácil, pues varias veces ha notado que al trincar un ave le lanzaba unas miradas provocadoras que sin duda significaban: soy enteramente vuestro Sir John Falstaff.

El obeso seductor ha preparado con este fin dos cartas para dichas beldades, y da orden á sus acólitos para que las lleven. Pero con inmensa sorpresa de su parte, los dos compinches se niegan á ejecutar la comisión. El uno no quiere hacer el papel de Pándaro, el Troyano: el otro tiene empeño especial en cuidar de su reputación!: ambos invocan el honor.

El honor! contesta Falstaff. Y les recita el famoso monólogo de *Henrique IV*, único fragmento que el libretista ha sacado de esta pieza de Shakespeare.

Por último Falstaff echa á los dos bribones á escobazos y hace llevar las declaraciones amorosas por su paje.

El segundo cuadro del primer acto pasa en el jardín de la casa de Ford.

Las comadres se hallan reunidas y se comunican las cartas de Falstaff, ambas idénticas. Las leen, las comparan, las comentan y concluyen por formar entre ellas un complot para vengarse del viejo seductor que se atreve á atentar á su virtud. Todas las mujeres, incluso la amable Nanetta, sobrina de la señora Ford, y su novio Fenton entran en la conspiración, de la que solamente están excluidos los respectivos maridos.

El principio del segundo acto es una escena de lo más cómico. Mr. Ford, informado por Pistola y Bardolfo, (quienes desean vengarse por haber sido despedidos por su jefe) de las intenciones de Falstaff respecto de su mujer, viene casa de Sir John á proponerle una suma de dinero, á condición de que le ayude para acercarse á la señora Ford, de la que se declara pérdidamente enamorado. Falstaff, sin sospechar que el personaje que se le ha presentado bajo un nombre fingido, es el marido de la señora á quien él hace la corte, acepta el dinero, le ofrece realizar su deseo y mientras tanto le declara que tiene en ese mismo instante una cita con la señora Ford, y que la misma noche Mr. Ford será... capricorneado, Mr. Ford desesperado, jura vengarse de su mujer y del abominable Falstaff.

El segundo cuadro de este acto pasa en el interior de la casa de Ford. Es introducido Falstaff:

la señora Ford le recibe y empieza entre los dos una conversación galante. Pero casi al mismo tiempo entra una vecina muy asustada anunciando que el marido sube la escalera. Terror de Falstaff; comedia de la señora. Esconden á Falstaff, primero detrás de un biombo. El marido furioso pasa sin apercebirse de él y sube para recorrer los varios aposentos, seguido de la gente que ha traído consigo. Antes que vuelva á bajar, las mujeres esconden á Falstaff en la enorme cesta de la ropa sucia, que las comadres tenían preparada de antemano. Vuelve el marido con sus hombres; carrera desenfundada, gritos, tumulto. De pronto se oye detrás del biombo un ruido como de un beso. Allí están, grita Ford. Todo el mundo corre... y se encuentran á la amable Nanetta con su novio que se habían refugiado allí durante la refriega.

En medio de una confusión indescriptible algunos hombres han levantado la cesta que contiene al gigantesco Falstaff metido entre la ropa sucia de la familia: logran suspenderla á la altura de la ancha claraboya que da sobre la azotea del fondo y la arrojan al río. Esta larga escena, desarrollada musicalmente con animación incomparable, es de un efecto colosal.

La segunda mistificación de Falstaff en Shakespeare consiste en hacerle sorprender en una nueva cita; en obligarle á disfrazarse de mujer y hacerle administrar una buena paliza por Ford que lo equivoca con una vieja bruja que todos abominan.

La tercera mistificación del pobre diablo, que siempre se deja engañar por la correspondencia amorosa de las comadres, es la que lo lleva en medio de la noche á una floresta, en donde pronto se halla rodeado de gnomos, de duendes y de hadas que lo atormentan, lo arrastran por el suelo y lo muelen á golpes.

El desenlace es bastante extraño. Ford ha seguido á Falstaff y se prepara á jugarle una mala pasada; cuando de golpe se oyen cantos en la floresta y se ve avanzar una boda, precedida de antorchas. Los novios están enmascarados. Se celebra el rito nupcial y al caer las máscaras Ford descubre que es Nanetta la que se ha casado con Fenton, á quien él no aceptaba por sobrino. Este golpe también es obra de las comadres.

Falstaff altamente satisfecho al ver que no es de él sólo de quien se han burlado, se ríe filosóficamente de todos estos incidentes. La ópera termina con un gran coro fugado, sonoro y de efecto soberbio.

La partitura con que Verdi ha enriquecido este gracioso libreto es tal vez la más completa que él haya escrito, pues no desfallece un solo instante. Desde la primera hasta la última nota rebozan en ella la chispa, la invención bajo la forma de melodías seductoras; el genio escénico del compositor se ostenta en los menores detalles de un diálogo musical siempre nítido y claro; la ciencia instrumental del maestro se exhibe en una abundancia inaudita de efectos riquísimos, de detalles ingeniosos, de novedades preciosas.

Verdi, que ha sido uno de los primeros en aceptar en *Otello* el procedimiento de la *factura* moderna, con cuya aplicación toda pieza de forma definida desaparece de las obras teatrales, ha escrito un diálogo continuado que presta una intensidad asombrosa de vida á su obra. No puede desconocerse que en el género bufo la marcha de la obra gana singularmente con esta rapidez de acción no interrumpida por arias, ni duos ni repeticiones de palabras. Verdi, es verdad, ha conservado los conjuntos y en esto mismo ha tenido una inspiración luminosa, pues en *Falstaff* constituyen la parte más brillante de la partitura.

No podrían enumerarse todas las bellezas de esta ópera de gran aliento, pero las páginas que parecen haber impresionado más vivamente al público son: en el primer acto toda la escena de Falstaff con sus *ad-láteres* y el monólogo ampliamente delineado del honor, que el señor Maurel ha dicho con arte notable. En el segundo cuadro de este acto, las escenas de las alegres comadres son de una rapidez y de una finura exquisitas. Aquello es un cuchicheo de murmuraciones femeninas del todo encantador.

El segundo acto contiene la gran escena de Falstaff con Mr. Ford y el monólogo de los *cuernos*, cuya progresión no podría haber resultado mejor: después en el segundo cuadro se encuentra el gran final de la *cesta* que es arrebatador. En el último acto toda la primera parte de la escena misteriosa de las hadas es deliciosa. El final de este acto es algo pesado por ciertas prolijidades que pueden fácilmente desaparecer.

La primera representación del Falstaff en Milán ha sido un acontecimiento teatral que no puede compararse con ningún otro del mismo género, pues el cuadro que presenta la *Scala* es incomparable. Aquella inmensa sala—más grande que la



GIUSEPPE VERDI — De fotografía de A. Ferrario

Ópera de París—con sus cinco filas de palcos todos llenos de señoras en trajes de gala, con sus flores, su animación expansiva, todo esto por sí sólo es bastante asombroso. Pero cuando transportada por la admiración esa multitud de cerca de cuatro mil personas llega al colmo del entusiasmo, se inclina fuera de los palcos, agita los pañuelos y arroja ramilletes, resulta un tumulto delirante del cual ningún relato podría dar una idea.

La noche de esta representación Verdi ha tenido que presentarse diez y seis veces en el escenario, unas veces solo, otras acompañada de Boito ó de Mascheroni, el director de orquesta, otras en unión de todos los artistas.

Los telones de boca en Italia están por otra parte dispuestos en previsión de esta especie de manifestaciones; tienen dos puertas, una á la derecha y otra á la izquierda y la fila de los artistas llega delante del público por una de ellas y sale por la otra. La otra noche el efecto era conmovedor, pero en cualquier otra ocasión esto puede fácilmente convertirse en ridículo.

Los cantantes han sido llamados á la escena varias veces, y con justicia, pues todos ellos tienen bellas voces y excelente sentimiento musical y escénico. El señor Pini-Corsi se mostró ardiente en el papel de Ford y la señorita Adelina Stehle posee una encantadora voz de soprano, de la que empieza á aprovecharse con habilidad.

El señor Eduardo Garbin que cantó en París en la última reconstitución del Teatro Italiano haciéndose notar entonces, posee siempre su magnífico órgano de tenor, un tanto gutural, pero muy simpático.

Los señores Pelagalli, Rossetti, Arimondi, Paroli y Pulcini, las señoras Emma Zilli, Pasqua y Guerrini forman un conjunto de artistas inteligentes y concienzudos y han contribuído en muy gran parte al éxito de la obra. En cuanto á M. Victor Maurel, representa y canta el papel de Falstaff con el saber y la autoridad de un maestro; supo crearlo con soberbia amplitud y lo representa hasta en los más mínimos detalles con expresión justa y sentimiento perfecto. Todos los franceses que asistieron á la representación se han deleitado con el gran éxito de un compatriota que sostiene tan alto en el extranjero el nombre del arte nacional.

La *Scala* posee una admirable orquesta que se compone de más de cien profesores: los instrumentos de cuerdas no bajan de sesenta. El maestro Mascheroni, que la dirige actualmente, la condujo á la victoria y le ha hecho merecer hasta las felicitaciones de Verdi, cosa que según parece no es muy común.

El éxito rumboso de *Falstaff* tendrá eco en el mundo entero y se asegura que antes del verano la ópera de Verdi será representada por Maurel y todos los demás intérpretes en todas las grandes ciudades de Italia, y hasta en Londres. Esperemos que esta hermosa partitura no tenga para los parisienses la suerte de *Otello*, que todavía nos es desconocido, y que no seamos los últimos en todo el mundo, en oírla.

CHARLES DARCOURS.

A propósito de *Falstaff*, se dice que el título de marqués de Busseto que se pensaba conferir á Verdi, no ha encontrado una acogida favorable.

La *Italia del pópulo* asegura por otra parte que el maestro ha dirigido al señor Martini, Ministro de Instrucción Pública, el telegrama siguiente:

"Leo en los periódicos la noticia de que se "piensa discernirme el título de marqués. Me "dirijo á vos que sois artista suplicándoos hacer "lo posible para evitarme este honor. Esto no "impidirá mi reconocimiento, que al contrario "aumentará por esto."

Verdi contestó al telegrama de felicitación del rey Humberto, manifestando su emoción como ciudadano y como artista.

El maestro ha declarado por último que si escribe una nueva ópera, no será *Romeo y Julieta* sino el *Rey Lear*.

LOS HIJOS Y LAS MADRES

PARÁFRASIS

Como un pájaro en su nido,
Entre tul, lino y encajes
Gorjea el niño en la cuna
Que mece alegre su madre;
Quien por mejor arrullarlo
Entona viejos cantares
Que había oído, allá en su infancia,
En la casa de sus padres.
Y aun después que el niño duerme
Y se ríe con los ángeles,
La madre canta . . . Los hijos
Hacen cantar á las madres.

Ya cuenta el niño diez años,
Es ya todo un personaje,
Juega, canta, ríe, corre,
Ora es obispo, ora alcalde.
A la madre con sus gracias
Le hace olvidar los pesares:
Si piensa, son discreciones;
Si ejecuta, son donaires.
Pregunta si sus hermanos
Nacen como los guisantes:
La madre ríe . . . Los hijos
Hacen reír á las madres.

Partió el hijo de soldado
A regiones muy distantes;
Llega á poco la noticia
De un desastroso combate.
Muere la madre de angustia
Cuando una carta le traen;
Dale vueltas sin abrirla,
Vacila . . . qué hacer no sabe;
Duda cruel la atormenta . . .
¿Vida ó muerte? oh Dios! ¿qué trae?
La madre tiembla . . . Los hijos
Hacen temblar á las madres.

De la iglesia sale el hijo,
Que ha atado lazos nupciales,
Y la madre entristecida
Vuelve sola á sus hogares.
¿Qué herida lleva en el alma!
¿Qué desamparo tan grande!
—¿Cómo olvida mi cariño
Por otro cariño instable?—
En un rincón de la casa,
Solitaria, triste, exánime,
La madre llora . . . Los hijos
Hacen llorar á las madres.

EDUARDO CALCAES

EL CAFE

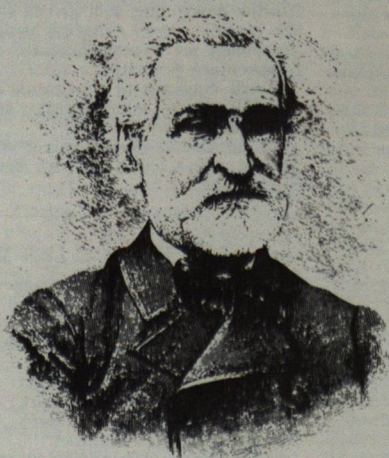
De mi tierra en los ásperos breñales
He visto abrirse sus fragantes flores,
Que parecen, del sol á los fulgores,
Nieve sobre los verdes cafeales.

Y después, como vívidos corales,
En explosión de vírgenes olores,
Lo he visto entre los gajos tembladores,
A la sombra de bosques tropicales.

Ahora . . . humea! Riega tu perfume;
Del Ideal las alas desentume
Y agita en rauda conmoción mis nervios.

En mí la inspiración sus rayos quiebre;
Mi frente nímbe, y en sagrada fiebre
Mis versos surjan, graves y soberbios.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS
(Colombiano)



VERDI — De fotografía instantánea
de U. Campanari



ARRIGO BOITO — De fotografía de U. Campanari

LA FATUIDAD MODERNA

Se han perdido algunas enfermedades, como la *pituita vitrea* y otras, cuya extinción deplora la Medicina con una candidez cómica; pero las enfermedades del espíritu continúan incólumes, y no tenemos que sentir la pérdida de ninguno de los defectos con que la naturaleza ó la civilización tan espléndidamente dotan á la humanidad: testigo de ello son los caracteres de Teofrasto, los grandes retratos de Plutarco, los calcos de La Bruyère, los cuadros vivos de Aristóteles, de Terencio, de Molière y la colección moderna de nuestros pintores de costumbres.

De esta inalterable constancia en los vicios y extravagancias, resulta una monotonía que desespera á los observadores y delatores de las debilidades humanas. No teniendo más recursos que matices casi imperceptibles y algunos cambios de vestimenta, vense reducidos á rebautizar á sus modelos. El avaro de Terencio se trueca en el padre de Eugenia Grandet; Werther se llama Chatterton; Valmont, Ramière, Volmar, Jacques; y, á pesar de todo el ingenio empleado en estos disfraces, aún se conocen demasiado los modelos. Por tanto, es prestar un servicio á nuestros modernos Teofrastos el señalarles, á falta de caracteres nuevos, el cambio acaecido en ciertas ridiculeces, el cual comunica un particular aspecto á la sociedad y puede suministrar picantes observaciones á su genio crítico.

Por ejemplo, la fatuidad ha existido en todos tiempos; y este defecto, cuyo origen se pierde en las tinieblas de lo pasado, ha sufrido grandes mutaciones en nuestros días, desde Acteón, á quien por tan extraño modo castigó Diana, hasta Monaldeschi, cuyo atroz castigo no corrigió á ninguno de los amables fatuos del tiempo de Luis XIV y de la Regencia.

Es en vano buscar hoy en nuestros salones un caballero de Gramont, un duque de Lauzun, un marqués de Wardes, un mariscal de Richelieu, en fin, uno de esos brillantes seductores que no sabían conservar el secreto de una conquista.

Tampoco se encontraría la copia de esos *cavalieri serventi*, que seguían los pasos de una mujer bonita, aguantaban sus desdenes, sus caprichos, con el único fin de dejar creer que tanta complacencia era recompensada; ni de esos galanes subalternos á caza de una carta imprudente, de una simple inconsecuencia, para comprometer á la mujer más deseada por presunción que amor. Estos originales han desaparecido: la política, la literatura, la riqueza tienen aún fatuos; el amor ya no los tiene.

Y no es porque la fatuidad galante, ese achaque del amor propio, haya ido á reunirse con la pituita vítrea de los antiguos, no. Aquella manía de pregonar el triunfo que debiera ocultarse, y de hacer creer en los que no se han logrado, siempre existe ante nuestros ojos; pero ha cambiado

de sexo, y es curioso ver los efectos de esa transmutación en todas las clases sociales.

El aire de indiferencia, la negación positiva, el disimulo, han pasado á ser patrimonio de los hombres; las preferencias ostensibles, las miradas tenaces, los pasos indiscretos, son la hijuela de las mujeres. Ellas son las que exigen hoy lo que antaño no podían conseguir, á saber: que las visiten por la mañana; que las acompañen por la noche al teatro y al baile; que vayan á su encuentro en todas partes y se sienten junto á ellas en un salón para conversar allí á duo toda la velada como pudieran hacerlo delante de la chimenea de su gabinete, sin dárseles un ardite de lo que puedan pensar los doscientos maldicientes que compongan la reunión; que rompan toda clase de relaciones de amistad ó de cortesía con las demás mujeres. ¡Tanto les importa que nadie pueda equivocarse acerca del objeto de una predilección tan señalada! Ellas son quienes representan á gritos las escenas de celos y tienen aire de lástima para con las mujeres á las cuales se precian de arrebatarles sus jóvenes maridos. En otro tiempo delataban su amor por el escrupuloso cuidado que ponían en no pronunciar nunca el nombre de aquellos á quienes amaban; ahora, ese nombre figura en todas sus frases, preside al relato de lo hecho durante la víspera, al proyecto formado para mañana; es el eje sobre el cual gira su conversación.

De esta preferencia marcadísima no debe inducirse que ocurran cosas tan hondas como se aparentan. No; por desgracia ó por prudencia, la mayoría de esos amorosos sentimientos son muy honestos en el fondo. En primer término, porque la crueldad se ha hecho hombre; y después, porque teniendo esos caballeros por norma sostener á la vez unos amores positivos y una intriga novelesca, resulta de aquí mucho menos peligro para la última. Las fuerzas del corazón, como todas las demás, se empobrecen al dividirse; lo que se ama por la noche perjudica mucho á lo que se ha de amar por la mañana, y de las agitaciones del vicio nace un sosiego del que se aprovecha la virtud. De ahí provienen esa complacencia en dejarse adorar, esa paciencia para esperar ó esa habilidad para evitar los momentos felices, lo cual presta á nuestros jóvenes una lánguida gracia que sus padres no conocían. No es posible desesperarlos; no desean con viveza nada; su imaginación ya no se atormenta por buscar las ocasiones de verse, de confirmarse en el sentimiento que se inspira; por el contrario, sólo después de reiteradas negativas ceden y se condenan á sufrir el aburrimiento de una función teatral, la sonora charla de una tertulia ó el calor molesto de un baile. Este sublime sacrificio se ve recompensado con las más rindidas gracias: «*¡Qué amable es usted al haber venido aquí!*» se les dice con acento de gratitud. ¡Cuánto se aprecia lo poco que hacen!

Ese heroico sacrificio no llega hasta á bailar

con la mujer á quien cautivan. ¡Quita allá! eso sería comprometerse demasiado. En primer lugar, el verdadero elegante baila poco ó no baila, y siempre con notabilidades como la señora de la casa, la heredera de más viso, ó la dama que piensa dar un baile. Porque es de advertir que esos encantadores desdénosos de los placeres de sociedad tienen empeño en ser invitados á todas partes.

Y ya no es, como antaño, por seguir allí al objeto de sus afanes, por gozar con sus triunfos, por sentir palpitar el corazón, oyendo á todo el mundo «*¡Qué hermosa es!*» No, en verdad; donde más le importa ser admitido es, sobre todo, en la casa adonde no va ella. Es de ver entonces á la pobre mujer azacarse por llegar á obtener la esquila de convite que ha de proporcionarle la felicidad de ser testigo de las coquetterías del ingrato con otra. ¡Cuántas visitas, cuántos pasos, qué de adulaciones para conseguir ese objeto! No estaría bien invitar sin ella á sus más íntimos amigos, dice. Sería una injuria ignorar la intimidad de que hace gala; y sin embargo, esa intimidad se reduce á recibir de tarde en tarde un ramo de flores, lo cual le da derecho á comprar otros, aparentando que de él dependen.

Nada hay tan divertido como la fatuidad de las mujeres por enseñar ese magnífico ramillete de camelias y brezo, de cuyo precio están bien sabedoras, puesto que se ha visto á persona de su servidumbre encargarlo en casa de Mad. Prévost; nada tan chistoso como su fingido apuro cuando se les habla sin la más mínima segunda intención del pesar de haberse presentado en su casa un día en que ellas no reciben, y todos sus arrumacos á propósito de una carta entregada sin disimulo y oculta en seguida en el cinturón, con el cuidado de dejarla ver lo suficiente para llamar la atención á los curiosos. Todos esos manejos, remozados por el cambio de lugar, son de lo más cómico y reclaman el tan exacto pincel de nuestros autores contemporáneos.

Hace poco se contaba la historia de un marido engañado como nunca lo fué marido alguno.

Un anónimo le había advertido caritativamente del amor de su mujer por un joven muy de moda. Todo se le indicaba sin ambages, las pruebas de la intimidad, los medios de escribirse, los sitios de cita. Encontraría un retrato en el secreto de un atril gótico, cartas en una cartera oculta detrás del marco de un cuadro, y á la infiel en una casita de la alameda de las Viudas, á la hora en que las Cámaras discuten los presupuestos.

Todos esos indicios, tan claramente detallados comenzaban á perturbar el espíritu del pobre hombre. Sin embargo, le da vergüenza otorgar crédito á un anónimo. Quiere observar por sus propios ojos y juzgar por sí mismo la importancia que merece la denuncia. Le llaman la atención los aires preocupados, las miradas lánguidas, los ramos de flores, los pasos misteriosos; ya no duda de su desdicha, y, como todos los ma-



ULTIMA ESCENA DEL FALSTAFF DE VERDI
La danza fantástica al rededor de la Encina del Cazador Negro

ridos que no dudan, quiere convencerse. Fuerza el secreto del atril gótico.

Ofúscales la vista el retrato de un hombre; no conoce esa cara, pintada muy medianejamente á la acuarela, por la sencilla razón de que no tiene ni pizca de parecido; pero, la levita abrochada hasta el cuello, la corbata con el lazo hecho de cierta manera, la roseta en el ojal, todo eso está hablando. *Es H*—dice el marido;—y corre á la cartera que contiene la correspondencia. —Allí cesa su incertidumbre; porque al decir *es H*, el buen hombre no sabía precisamente de quién hablaba; pues las levitas y corbatas negras, las rosetas rojas en la solapa, son muy comunes; por eso, en realidad, sólo supo á qué atenerse cuando tuvo en sus manos varias cartas firmadas con todas sus letras: A. de N.

Por supuesto, ya se comprenderá que esas cartas, firmadas como simples peticiones, no contenían sino frases corrientes y de lo más respetuosas. «*Están escritas en cifra*—pensó el marido;—estas frases frías y ceremoniosas representan indudablemente las más apasionadas expresiones; de no ser así, no las escondería con tanto cuidado.» Entonces todo lo sacrifica, intereses políticos y jugadas de Bolsa, por la premura en dirigirse á la alameda de las Viudas.

A la puerta de la indicada casa hay un coche de alquiler.

—Esto es hecho—dice el marido, asegurándose de que lleva en los bolsillos las pistolas;—veremos si el malvado es valiente.

Baja del tilburi con el corazón lleno de rabia, decidido á matar al rival, á la culpable y á todo

el que le quiera impedir hacerse justicia por su mano.

Toma por una calle de serbales, oye reír y hablar detrás de un seto..... Esa alegría aumenta su furia. Se precipita, pálido y con los ojos torvos, hacia la primera salida que encuentra, y va á dar en medio de un colegio de niñas en plena hora de recreo.

Allí está su mujer hablando con la profesora, á quien recomienda particularmente dos pobres gemelas que hace educar á sus expensas, y que han sido confiadas á su caridad por el respetable cura de San Roque.

No comprende una jota del aire extraviado de su marido; y le pide explicaciones, á la vez que se las da del por qué se encuentra allí ella. No caben dudas acerca del motivo de aquel paso y de esta beneficencia en secreto; pero hay otros hechos acusadores. El marido despierte su tilburi, monta con su mujer en el simón, y allí la hace sufrir un interrogatorio en toda regla.

La confesión de un crimen le hubiera costado quizá menos á aquella joven é inocente señora, que la de la extraña fatuidad que la había inducido á confiar á una pérfida amiga el enredo que no tenía. Porque ese señor A. de N., para con el cual habíase mostrado ella un poco coqueta, ni siquiera lo había reparado. Ese retrato, tan mal hecho como bien oculto, lo había pintado ella de memoria, y la media docena de cartas conservadas con tanto esmero eran la prueba escrita en lugares comunes de la más absoluta indiferencia; pero era preciso tener una confianza que hacer, una debilidad que alardear, una conquista de que presumir, y quiso la desgracia que la confidente fuese traidora y rival. Pero como la debilidad era imaginaria nada más, el marido se calmó muy pronto, contento de no tener que maldecir en aquella circunstancia más que la *fatuidad venida á parar en rueca*.

SOFÍA GAY.

HIJA PRODIGA

En medio de pueriles risotadas, en la sala anatómica penetra la turba de estudiantes, que sentía el hambre de la ciencia.

A los que en horas de profundo hastío el rudo texto abandonado dejan por travesuras de expansión, les grita y muerde la conciencia.

Algunos que se gozan en el árido laberinto de nervios y de arterias, de su deber ocupan satisfechos las ásperas banquetas.

La claridad de la mañana vierte su resplandor por las vetustas rejas, haces de luz sobre la frente ríen de algunas calaveras!

Es el silencio del instante augusto la estudiantil bandada cuchichea, respirando una atmósfera que tiene olor de carne muerta.

En tanto del estuche polvoriento los alumnos que triscan en su fiesta los escalpelos asen, y se empujan y al profesor rodean.

El grave anciano conmovido calla, es sacerdote que á oficiar empieza: en el ara está el dios que nos subyuga, el dios de la materia.

Aquel ambiente matinal excita y del saber devora la impaciencia y es un cadáver de mujer velado el que la autopsia espera.

Después, . . . arranca el profesor el velo y ante la ufana multitud inquieta, aparece el cadáver, que cerraba los ojos de vergüenza!

Sobre la curva de las albas pomas se extiende la rizada cabellera y las desnudas formas se cubrieron de sombras de belleza.

Y como herido por el rayo cae el profesor sobre la hermosa muerta: era su hija que aguardaba un beso, el perdón en la tierra!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.

Caracas: 27 de febrero de 1893.

MIGUEL

(POR EL CONDE LEÓN TOLSTOY)

Un zapatero vivía con su mujer y sus hijos en casa de un labriego. El pobre artesano no tenía nada, y ganaba el pan de cada día con el sudor de su frente. El pan era caro, el trabajo poco retribuido, y lo que con éste ganaba á mucha costa no hacía sino pasar de la mano al estómago. El y su mujer no tenían para los dos más que una sola pelliza, la cual estaba tan gastada que se caía á pedazos. Dos años llevaba ya esperando el zapatero poder comprar una pelleja de carnero para hacerse una nueva.

Sin embargo, al entrar el otoño quedaba algún dinerillo en casa; la mujer del zapatero guardaba en el cofre un billete de tres rublos, que unido con los pequeños créditos hechos acá y allá á los parroquianos, hacían un total de cinco rublos y veinte kopecks que añadir á los billetes. Una mañana dispúsose el zapatero á ir al pueblo con el fin de comprar la piel de carnero, tanto tiempo deseada; se puso la manteleta algodonada de su mujer, se echó encima un caftán de paño, y bastón en mano emprendió el camino en seguida de desayunar, no sin haber guardado cuidadosamente en el bolsillo el billete de tres rublos. Mientras caminaba silencioso, echaba sus cuentas: "Tengo tres rublos, decía para sus adentros; con los cinco que voy á recibir, suman ocho; y por este precio puede comprarse una pelleja decente."

A la primera puerta que llamó, salió la mujer respondiéndole que no estaba su marido y que le pagarían dentro de ocho días; entre tanto, el zapatero no recibió ni un kopeck.

Fué á llamar en otra parte; esta vez encontrábase allí el amo de casa, pero juró y perjuró que no tenía dinero; y sólo entregó veinte kopecks.

Entonces el zapatero se le ocurrió la idea de que era preciso comprar á crédito la piel. Mas, el comerciante á quien se dirigió no quiso ni oír hablar de crédito.

—Con buenos rublos en la mano, podrás elegir todo lo que gustes; pero sin dinero no hay mercancía. ¡Ah! Medrados andaríamos con los créditos; ya sabemos lo que con ellos pasa.

El pobre zapatero no esperaba de ningún modo lo que le sucedía. Veinte pobres kopecks, el precio de una mala chapuza: hé ahí todo lo que traía de su viaje, con un par de calzones de fieltro viejos que un aldeano le había dado para guarnecer de nuevo.

La pena y las congojas roíanle el corazón; entró en la primera taberna que halló al paso, bebió por valor de sus veinte kopecks y tomó el camino de su casa. Había helado, y nuestro hombre iba sin pelliza; y sin embargo, sentía suave calor por todo el cuerpo: el aguardiente le había remozado todo. Hacía sonar el garrote encima del suelo endurecido por la helada, mientras que con la otra mano obligaba á las viejas calzas de fieltro á hacer movimientos más desordenados. Aguisa de consuelos, chapurreaba palabras incoherentes. "Voy muy calentito, decía, y sin embargo no llevo puesta la pelliza. Un cuartillo de aguardiente ha hecho el avío. Con eso circula el calor por todas las venas, y se puede pasar muy bien sin pelliza; y luego, ¡cómo aligera el corazón! Ahora soy un hombre contento ¡Por qué apesadumbarse? Seguiremos nuestro rumbo sin pelliza. Pero, ¡y mi mujer! Ella es la que me va ha revolver otra vez la bilis; ¡no es eso irritante, de veras? No trabajo sino para ella, me tiene cogido por la nariz y me dejo llevar dócilmente. Pero, ¡espera, querida! Es necesario que salgan de tu escondite los rublos; me los tendrás que dar, y si no te arranco el moño. ¡Vaya, y que lo haré como lo digo! ¡Qué! No he recibido más que veinte kopecks. ¿Qué podía comprar con esta suma? Beber un trago, y nada más. Siempre se está quejando de que le hace mucha falta ésto y que necesita lo otro y lo de más allá. ¡Y yo! ¡Cree ella que siempre tengo todo lo que deseo? Ella tiene la casa y el rebaño y toda suerte de cosas buenas, mientras que yo estoy ahí como un pobre diablo que debe proveer á todo. A ella no le falta pan; pero, ¿quién lo paga sino yo? Y Dios sabe dónde hay que tomar todo ese dineral. ¡Tres rublos por semana, sólo para el pan! Cuando yo llegue, me los encontraré á todos dispuestos á comer pan; ¡nada menos que rublo y medio en la mesa! Por eso quiero que ella me dé lo que me pertenece. . . ."

Discurriendo así, llegó el pobre zapatero remendón junto á una capilla, oculta por una revuelta del camino.

Al pie del edificio parecíole que se rebullía una cosa blanca.

La noche, que había entrado ya, le impedía distinguir nada á distancia; acercóse para ver mejor, y se quedó perplejo. "¿Qué será eso?"—se preguntaba.—Tal vez un sillar de piedra; pero no lo hay en este sitio. ¿Un animal? No lo parece. ¿Un hombre, más bien? Pero aquella claridad y esas formas tan suaves, sería extraño. Además, ¿qué iba á hacer un hombre aquí, á estas horas?"

Se inclinó, acercándose mucho. . . Cosa extraña, en verdad. Sí, era un hombre sin vestido, sin ropa interior, desnudo como un niño que acaba de nacer. No hubiera podido decirse si estaba muerto ó vivo; su mirada era fija, y no hacía ningún movimiento. Apoderóse el miedo del artesano, quien estremecido, dijo para sí: "Sin duda los ladrones le han muerto y dejado aquí, después de robarle. Alejémonos; toda la vida está uno en peligro, si se mezcla en esta clase de cosas." Y alejándose aprisa, volvió la esquina de la capilla.

Ahora estaba fuera de su vista la terrible aparición. Cuando hubóse ido á lo largo de la pared, no pudo por menos de volver atrás la cabeza, y vió al hombre que había abandonado su sitio y avanzaba mirando como si buscara alguna cosa.

El pobre remendón creyó desmayarse; se detuvo temblando y diciéndose: "¿Qué debo hacer, acercarme á él ó huir á escape? ¡Ojo, amigo, no vayamos á tener algo que sentir si me acerco! ¿Quién sabe si está ahí con algún mal propósito? Si te acercas y se te echa encima y te estrangula dejándote en el sitio. . . ¡brr! . . . Y si nada hubiese que temer, ¿qué harías con él? Le echarías los brazos; está desnudo. ¡habría que vestirlo, despojarte de tus últimas ropas para cubrirle con ellas! ¡Nada de eso, amigo; tomemos la del humo!"

El zapatero prosiguió á escape su camino. Sin embargo, no había andado cuatro pasos, cuando de nuevo se detuvo. Una voz interior le hablaba y le dejaba clavado en el sitio. "Pero, ¿qué ibas á hacer, hermano Semán? Este hombre se muere de necesidad, y tiembas ante él como una tímida criatura, ¡y quieres pasar de largo! ¿Habrás encontrado quizá un tesoro, y temes que te roben tus riquezas? ¡Semán, Semán, amigo mío, mal está lo que haces ahora!" Y volviendo precipitadamente piés atrás, se fué en derechura hacia el desconocido.

II

Al aproximarse, vió un hombre joven, cuyo cuerpo sano y robusto no tenía vestigio alguno de violencia, sólo que el infeliz estaba yerto y parecía transido; habíase acercado al muro de la iglesia y estaba allí apoyado, sin mirar á Semán, sin fuerzas, sin poder ni siquiera alzar los ojos.

Semán se aproximó cada vez más; entonces el desconocido se despertó como de un sueño, levantó la cabeza, abrió los ojos y miró á Semán con una mirada que iba derecho al fondo del corazón. El zapatero arrojó las calzas, se soltó el cinturón de cuero, que fué á reunirse en el suelo con éstas, y después se quitó el caftán.

—Basta. . . veo lo que es. Toma, ¿quieres probarte esto? Pero endérgate un poco.

Semán sostuvo con sus brazos al desconocido y le ayudó á ponerse de pie. Entonces pudo ver un rostro encantador; el cuerpo era de formas delicadas y juveniles, los piés y las manos no presentaban callosidad alguna. Semán le echó su caftán encima de los hombros, y no pudiendo el desconocido meterse las mangas, le cogió las manos y le ayudó; luego cerró el caftán por delante, puso los faldones uno sobre otro y apretó el tallo por medio de su cinturón de cuero. Se quitó también el viejo gorro para cubrir con él á su desventurado hermano, pero sintió, nn frío penetrante y se hizo esta reflexión:

—Después de todo, yo soy calvo, mientras que á él le resguarda la cabeza un espeso bosque de pelo.

Y volvió á encasquetarse el gorro.

—Más vale calzarlo—replicó.—Le hizo sentar y le puso las viejas calzas de fieltro que llevaba en los piés. Luego de haberlo vestido así, le dijo con tono de cordialidad:

—Está bien, hermano. Ahora un poco de movimiento para entrar en calor. Con esto se sale ya del apuro. ¿Puedes andar?

El extranjero no respondió; inmóvil, miraba á Semán con ojos llenos de afecto y gratitud.

—¿No contestas? ¿Tal vez quisieras pasar aquí el invierno? Ven, vamos pronto á ponernos bajo techado. Toma mi bastón, hermano, apóyate en él y prueba á caminar.

El hombre echó á andar. Iba sin dificultad, sin quejarse á la zaga, pegado á Semán, quien comenzó á preguntarle:

—Dime, hermano, ¿de dónde vienes?

—No soy de aquí.

—¿Qué es lo que por acá te trae? ¿Qué hacías junto á la capilla?

—No debo decirlo.

—¿Sin duda te han maltratado algunos pervertidos?

—Ningún hombre me ha hecho daño; Dios es quien me castiga.

—Es verdad, todo sucede conforme á su voluntad. Sin embargo, algo te propones: ¿á dónde vas?

—Todos los caminos me son indiferentes.

Semán se asombraba. Su compañero no tenía aspecto de loco ó de mala persona; hablaba con gran dulzura. ¿Por qué rehusaba explicarse? "Dios mío, pensaba el zapatero, hay muchas cosas ignoradas en este mundo." Y prosiguió:

—Pues bueno, vente á mi casa y allí tendrás por lo menos un momento de reposo.

El zapatero seguía con paso alegre el camino de su casa, y el extranjero iba tan de prisa como él.

En aquel instante un viento frío se le coló por debajo de la descubierta camisa; había cesado el calor de la embriaguez, Semán sintióse dolorido por aquella racha helada. Tiritando, aceleró el paso mientras estraba sin piedad sobre el pecho la manteleta de su mujer. Pensaba tristemente: "Sálvate esta mañana para comprar una pelleja de carnero, y me vuelvo sin ir siquiera vestido, y por añadidura trayendo conmigo un hombre desnudo; ¡lo que es esto si que no le va á gustar á Matrena!" Al pronunciar el nombre de su mujer, al pobre hombre le dió un vuelco el corazón. Echó una mirada á hurtadillas á su protegido; al ver este rostro tan dulce, tal como se le apareciera junto á la capilla, volvieron rápidamente á su corazón el gozo y la serenidad.

III

La mujer de Semán había acabado temprano su cotidiano trabajo. El agua, la leña, todo estaba dispuesto para el día siguiente; los niños habían tomado su merienda, ella acababa de tomar un bocadillo, y á la sazón celebraba consejo consigo misma, con el apuro de decidir si sería preciso hacer aquel día una nueva hornada de pan.

—Semán puede haber comido en el camino—se decía;—en ese caso, no tomará nada esta noche, y queda bastante pan para mañana.

Volvió y revolvió veinte veces el pedazo que le quedaba, y al fin tomó su partido. "No, decídi; no hay harina sino para una vez, y es preciso que con ella lleguemos hasta el viernes."

Una vez cuidadosamente guardado el pan, Matrena cogió la aguja y se puso á remendar una camisa de su marido. Mientras corría ligera la mano, Matrena estaba en pensamiento con su Semán, comprando la piel de carnero con la cual se haría la famosa pelliza.

—¡Dios mío, con tal de que no se deje engañar! . . . —decía tirando nerviosa de la aguja.—El pobre hombre no tiene ni pizca de malicia; un niño chiquitín lo llevaría de las narices, y él no es capaz de arrancar un pelo. La verdad es que ocho rublos en plata no son una bicoca; con eso se tiene una hermosa pelliza, claro es que sin guarnecer, pero á la postre una pelliza. ¡Bastante hemos sufrido sin pelliza el invierno pasado! Yo no podía ir á ninguna parte, ni siquiera hasta el arroyo. Y todo se lo ha puesto al salir; no tengo nada de abrigo que ponerme en el cuerpo. Salió temprano. ¿Qué hace para no haber vuelto todavía? ¡Caramba! ¿Se habrá detenido por casualidad mi tesoro en la taberna?

Concluyó su monólogo, cuando de pronto unos pasos hicieron rechinar la escalera. Matrena soltó la aguja y salió á toda prisa.

Con gran sorpresa suya, ve que han entrado dos hombres: uno de ellos es su marido; el otro es una especie de compesino, con altas botas de fieltro, sin gorro, de una facha extraña.

—¡Gran Dios!—pensó ella.—Bien me daba á mí que mi hombre ha bebido.

Pero cuando vió que venía sin caftán, apenas vestido con la vieja manteleta, y que estaba allí plantado como un culpable, sin chistar, sin saber á dónde mirar, creyó ella que se le hacía pedazos el corazón.

—Estás borracho—dijo con dolorosa amargura;—te has bebido nuestro pobre dinero con este beodo, y aún te atreves á traerlo aquí.

Los dos hombres entraron en la habitación; Matrena los siguió, empeñada en ver la cara al extranjero. Advierte que es muy joven, que tiene la tez pálida, un continente muy dulce, y además que lleva su propio caftán [sobre la piel desnuda! ¡Ni vestigios de camisa, ni siquiera de gorro! Ha entrado, y allí permanece inmóvil,



EMMA ZOLA (ZOLA)



ANTONIO NERI (NERI)



VIRGINIA RIVA (RIVA)



VITTORIO MONTI (MONTI)



ISABELLA PAOLETTI (PAOLETTI)



ANTONIO PINI (PINI)



RICCARDO GATTI (GATTI)



G. PAOLETTI (PAOLETTI)



P. PAOLETTI (PAOLETTI)



A. PAOLETTI (PAOLETTI)

LOS PRINCIPALES ARTISTAS QUE ESTRENARON EL FALSTAFF DE VERDI

sin menearse, sin atreverse á alzar los ojos.

—No puede ser un hombre de palo—se dijo Matrena.—¡Me da miedo!

Retrocedió y pegóse á la chimenea, esperando con aire azorado lo que iba á suceder.

Semán se quitó el gorro de cuero y se sentó en el banco.

Preocupado con albergar á su huésped, preguntó á Matrena:

—Bueno, mujercita, ¿qué nos das de cenar?

La mujer, trocada en estatua delante del hogar, masculló entre dientes. Miraba alternativamente al uno y al otro, y meneaba la cabeza con el mohín más displicente. Semán advirtió que su cara mitad tenía el corazón lleno de bilis; pero hizo como si nada viese, y cogiéndole la mano al extranjero le dijo con tano afectuoso:

—Siéntate, hermano, y comeremos un bocado juntos.

El extranjero se sentó con timidez al lado de Semán. Este continuó:

—Dí, mujercita, ¿no te queda nada de tus guisos?

Entonces desatóse Matrena;

—¡Claro está que algo me queda! Pero eso de dártelo, ¡que te limpies! Un hombre que ha bebido hasta no saber ya dónde tiene la cabeza, que se va para comprar una pelliza y vuelve sin caftán, trayendo consigo un vagabundo... no, en mi ánima. ¡Yo no doy de comer á gaudules y borrachos de vuestra calaña!

—Cesa en tu estúpida charla, Matrena, dejás correr mucho la sin hueso, y antes deberías informarte...

—Lo que quiero saber antes es qué has hecho de nuestro dinero.

—Míralo—dijo;—Trifonow no me ha dado nada, me ha prometido pagarme mañana.

Estas frases, lejos de calmar á la terrible esposa, provocaron una nueva explosión de cólera.

—¡Sin pelliza! ¡Mi caftán en las costillas de un descamisado! ¡Y un vago en mi casa!—gritó, apoderándose con furia del billete, que al momento guardó en sitio seguro. Y no cesaba de darle á la lengua:—No, aquí no hay nada para vosotros. ¡Pues no tenía yo mal quehacer si hubiese de alimentar á tus borrachos, á tus amigos de taberna...!

—¡Matrena, calla el pico y oye lo que te voy á decir!

—¡Lo que me vas á decir! ¡Vaya con este grandísimo majadero, que quiere darme lecciones! ¡Ah! No me engañaba yo cuando no te quería por marido. Toda la hermosa ropa blanca que recibí de mi madre la has vendido para beber, y hoy te marchas aún á la taberna en vez de comprar la pelliza.

Semán quiere explicar que no ha bebido más que los veinte kopecks; comienza el relato de su encuentro con el extranjero, pero Matrena le interrumpe á cada paso y habla sola. ¿De dónde sacará ella todo cuanto dice? ¡Dios, qué flujo de palabras! Una no espera á la otra. De diez años á la fecha acuden á su memoria todos los hechos; no se le olvida ninguno. Matrena se sobreexcita cada vez más, grita más alto, y al cabo cae sobre su marido, á quien agarra del brazo con violencia:

—¡Y mi manteleta! ¡También necesitabas lo único bueno que me quedaba! ¡Devuélvemela, perro borrocho, y bien pronto, ó si no, ojo al garrote!

Semán, sin poder contestar una palabra, se sacó una de las mangas; su mujer tiró violentamente de la otra haciendo crujir todas las costuras; luego tirando la prenda de vestir por encima de la cabeza, precipitóse hacia la puerta con el propósito de marcharse, pero de repente se detuvo. Se apaciguó su ira; otra vez acababa de hablar en ella, diciéndola que antes de escuchar á la cólera se informase de quién era el extranjero.

(Concluirá.)

A BARINAS

¡Salve heroica ciudad! El peregrino
Que halló bajo tu cielo
Que dora el sol con esplendor divino,
Al dulce paz que le robó el destino
Al arrancarle de su patrio suelo,

Con labio agradecido te saluda
Y siente honda tristeza
A contemplar como la suerte ruda,
En día funesto, te dejara viuda
De tu antiguo poder y tu grandeza.

De tu soberbia pompa al ver hoy día
La ruina y el estrago,
Atónita la inquieta fantasía,
Surge veloz en la memoria mía
La desolada imagen de Cartago.

A veces al mirar tus movimientos,
El alma arrebatada
Que sueña con la gloria y los portentos,
Entregada á sus vagos pensamientos,
La historia evoca de tu edad pasada.
Oh! Barinas! en tiempo afortunado
Te alzó el progreso en hombros,
Y hoy nos refiere tu esplendor pasado,
Con acento tristísimo y callado,
El viento que se queja en tus escombros.

Ayer cuando del bien con noble anhelo
Los genios te arrullaron
Y alegre alzabas la mirada al cielo,
Fuiste el asombro de tu patrio suelo
Y reina de las pampas te llamaron.

Matrona venturosa que ceñiste
Laureles de victoria,
Que tu grandeza conservar debiste
¿Por qué te miro solitaria y triste?
¿En dónde están tu majestad y gloria?

Ay! que al destino sin piedad le plugo
Herir tu altiva frente
Y uncirte en su furor al férreo yugo
Trocando por el hacha del verdugo
Tu corona y tu cetro prepotente.

Y viste en negro, malhadado día,
De acerbos aflicciones,
Acabarse tu dicha y tu alegría,
Y á tus hijos, llorando en tu agonía,
Ir á implorar albergue á otras regiones.

Oh! ciudad infeliz, noble Barinas,
Doquiera que mis ojos
Buscan hoy tus bellezas peregrinas
Tan sólo encuentran solitarias ruinas,
De tu antiguo poder regios despojos.

No sé que maldición sobre tu frente
Cayó en aciaga hora.
Levanta al cielo la mirada ardiente
Y no desmayes en la lid presente;
Que al fin lució de redención la aurora.

Insiste, lucha, y con robusto acento
Tus títulos reclama.
Cobra de nuevo el merecido asiento
Y en alas, como ayer, del rauda viento
Vuelva tu nombre á fatigar la fama!

DR. FRANCISCO JAVIER MACHALO.

VARIA

EL ACENTO FRANCÉS

La acentuación francesa, esto es, la manera de levantar la voz en ciertas sílabas con relación á otras, constituye, á lo que parece, un árduo problema para algunos extranjeros. Un alemán, el Dr. Pringoheim, de Berlín, deseoso de resolver esta cuestión filosófica ha apelado al recurso de un instrumento de precisión, tan vivo y generoso es el interés que los alemanes se toman por todo lo francés! Este sabio ha hecho uso del *fonotógrafo* de Kœning y Scott, en el cual han dejado impresas sus palabras varios franceses.

El instrumento permite determinar la duración, elevación é intensidad del sonido en cada sílaba. El experimentador de Berlín ha hallado, como resultado inmediato, que en una palabra de dos sílabas las vocales se pronuncian con extensión y fuerza iguales. Ha comprobado notables diferencias en la curva trazada por una palabra según se presente en medio ó á fin de frase. En este último caso, una curva adicional indica un descenso de tono y de intensidad; esta debilitación de la voz, poco más ó menos la misma en diferentes palabras, anuncia una pausa. Notables extensiones de ondulación se presentan con las letras *n*, *l*, *b* y *d*. La duración de las sílabas varía de 0,1 á 0,5 de segundo; entre las sílabas de una palabra las pausas varían

de 0,03 á 0,2 de segundo. La sílaba más corta *é* (en *été*) pronunciada algo lentamente, se compone de 22 vibraciones; ello no obstante, el oído puede, no sólo percibir la entonación, sino distinguir además delicados matices y diferencias en la manera de pronunciar. Experiencias ulteriores deben de haber sido hechas con el mismo instrumento perfeccionado.

*

CREMACIÓN

La "Sociedad para la propación de la cremación" cuya centro acaba de ser transferido al número 112 bis, avenida "Malesherbes" en París, nos da cuenta, en su décimo boletín anual, del estado de la cremación hasta en Francia y demás puntos de Europa.

En Italia, en los edificios erigidos por sociedades libres ó por las municipales se habían efectuado, para fines de 1889, 1463 incineraciones, de las cuales 286 se efectuaron en 1888. En ciertas ciudades de Italia se emplea un aparato *crematorio* movable que se lleva á las localidades vecinas para evitar el trasporte de los cadáveres. La cremación es asunto de grande interés para los italianos, que celebraron en diciembre de 1890 un congreso especial en el cual se hallaban representadas 115 sociedades de cremación italianas.

En Alemania, en Gotha, el número de las incineraciones por medio del aparato *Siemens* se elevaba para fines de 1890 á 831, de las cuales 111 se efectuaron en 1890. En Hamburgo, el 14 de octubre último tuvo lugar la colocación de la primera piedra de un vasto monumento. La agitación *cremacionista* se produce también en toda Alemania; en agosto de 1890 se reunió en Berlín un importante congreso internacional de cremación.

En Inglaterra, la sociedad de cremación de Londres recibe constantemente importantes donaciones de los personajes más notables. El *crematorio* de Woking se embellece más cada día; en él se han hecho 54 operaciones en 1890 por 46 en 1886. En Suecia se llevaba á cabo en abril de 1890 la centésima incineración. En Suiza, se ha construido un pequeño horno crematorio en Zurich, en el que se han efectuado 53 incineraciones de 1889—90. En Holanda, en Austria, en Dinamarca, se han fundado sociedades que luchan por obtener la libertad de la cremación. En los Estados Unidos, existen actualmente 22 edificios, en los cuales se efectúa la incineración con el mayor ceremonial. Es en el Japón donde la cremación cuenta con mayor número de adeptos. Sólo en la ciudad de Tokin se han hecho de 1888 á 1890, esto es, en tres años, 29.013 incineraciones.

En París, según nos informa la sociedad de cremación, no se han obtenido aún semejantes resultados, y, sin embargo la idea adquiere de día en día mayor número de partidarios. En 1890, los aparatos del "Père-Lachaise" han consumado 3.388 incineraciones. En el mismo año la sociedad de cremación ha inscrito 160 nuevos miembros adherentes.

*

REPARTIDOR AUTOMÁTICO, DIFÍCIL DE ENGAÑAR

Se ha hecho últimamente en Londres el ensayo de un nuevo repartidor automático que no debe entregar sus mercancías sino en cambio de buenas monedas y debe permanecer insensible cuando reciba las piezas de hierro ó de plomo que de-



PLAZA DE SAN FRANCISCO (antes de ser plantada la ceiba)



PLAZA DE SAN FRANCISCO (cuando se construía el capitolio)

positen en su alcancía los pilluelos y ladrones. Este repartidor entrega, mediante un penique, un sobre, que contiene un cuadernillo con hojas en blanco mezcladas con anuncios, y una estampilla para el franqueo de una carta. Pónesele en lugar del penique, una pieza de hierro del peso y diámetro aproximados de un penique, cierto órgano magnético puesto en movimiento impide á la báscula funcionar. Si se le pone una pieza de plomo ó de una aleación menos resistente que el vellón, es torcida inmediatamente y tampoco funciona el mecanismo distribuidor. Hasta ahora el repartidor se ha mostrado á la altura de su misión. Es probable, sin embargo, que los bribones defrauden el ingenioso mecanismo por medio de discos de bronce idéntico ó análogo al vellón (cobre, estaño, zin) cuyo valor real no es, en peso iguales, sino una quinta parte del valor nominal del penique.

LA HAMACA

En este campo mío
Que cerca un claro río,
En donde las palmeras
Me forman pabellón,
De mi labor descanso,
Y al borde de un remanso
Colúmpime en reposo
Del agua oyendo el són.

¡Qué bella es la corriente
Que corre transparente!
¡Qué bien las aves cantan!
¡Qué hermoso es todo aquí!
¡Con qué placer á solas
Viendo las claras olas,
Me paso dulces días
Pensando sólo en tí!

En alas del deseo,
Figúrome que veo
A cada blando tumbo
Tu rostro tropical.
Aquí de este aire gozas,
Conmigo te alborozas,
Y siento que palpita
Tu seno virginal.

Ven á mi móvil lecho;
Recuéstate en mi pecho,
Aquí bajo la sombra
Del índico jagüey.
Al són del aire amigo
Colúmpiate conmigo
Cantando las baladas
Del pueblo Siboney.

Verás aquí paisajes,
Cubiertos de follajes;
De pájaros canoros
El trino escucharás;
Y en mágico embeleso
Al són de ardiente beso,
Extremecida el alma
Mi Naya, sentirás!

Ven, corre á mi floresta,
Que es cálida la siesta,
Y el sol de Cuba abrasa
La fatigada sien.
El sitio es pintoresco,
El aire puro y fresco,
Mi hamaca deliciosa,
Dulcísimo el vaivén.

Me ofrecen las colinas
Sus flores purpurinas,
Los juncos temblorosos
Su lánguido rumor;
La espiga su capullo,
La tórtola su arrullo;
Y sólo tú rebelde
Te niegas á mi amor.

Ven á mi móvil lecho,
Recuéstate en mi pecho;
Aquí bajo la sombra
Del índico jagüey.
Y al són del aire amigo
Colúmpiate conmigo,
Cantando las baladas
Del pueblo Siboney.

JOSÉ FORNARIS.
(Cubano.)

EL TOCADOR

Confieso que me parecen muy bonitos los cabellos claros, cenicientos, dorados . . . ó color de fuego, y este gusto tuvo muchos partidarios desde la antigüedad. Los griegos del tiempo de Pericles lavaban sus cabellos con lejía, para quitarles el color y los frotaban en seguida con una pomada hecha de grasa de cabra, cenizas de haya y flores amarillas. Después los dejaban flotar sobre la espalda para secarlos. Los germanos estaban orgullosos de su pelo rubio y los que no habían recibido de la naturaleza este color, recurrían al arte para procurárselo. El lavatorio con cerveza se reputaba como muy eficaz para ponerlo rubio, así como la untura de cal. Las damas romanas maldecían su oscura cabellera y Ovidio refiere que cubrían su cabeza con pelucas rubias compradas en la Germania. Sabidos son los cuidados, los suplicios á que se sometían los venecianos para darle á su pelo oscuro el color ardiente, cobrizo, llamado el rubio Ticiano.

Hoy, algunas mujeres se hacen teñir sabia, científicamente de color de caoba. Esto es horrible. Otras ya rubias, aclaran aún el tinte de sus cabellos por medio del agua oxigenada. Las inglesas se lavan el pelo con ron, en el que han hecho cocinar el fruto de la coloquíntida, para impedir que su cabellera se ennegrezca con la edad.

Parece que en otro tiempo (oh, felices días de otros tiempos!) había muchas más rubias que en nuestros días. Y queréis saber por qué, aun en los países del Norte, el color del cabello viene haciéndose más oscuro de siglo en siglo? «El cielo, dice un humorista, había puesto sobre la tierra muchas mujeres de cabellos de oro, para fascinar á la otra mitad del género humano; lo que visto por el diablo, que detesta á los hombres, nos mandó algunos cocineros que con sus salsas y guisos han desorganizado el hígado, cuyos desórdenes se manifiestan exteriormente por el tinte oscuro de la cabellera.

Bajo esta chanza podría haber alguna verdad.

Las mujeres árabes y las súbditas del Shah prefieren el tinte oscuro del pelo. También se tiñen con la alheña. Las hojas de esta planta reducidas á polvo forman mezcladas con agua un cosmético con el que se untan cuidadosamente los cabellos, luego se quitan esta pasta con un lavatorio de agua azulada con añil y los cabellos conservan de esa aplicación un color de aurora durante algunos días.

Las rusas aprecian por cima de todo la cabellera color de avellana y pretenden que Cristo tenía el pelo de este color.

El tinte *auburn* (marrón claro) es muy apreciado en Inglaterra, bien es verdad que cuadra admirablemente á los rostros de las hijas de Albión.

EL TOCADO

Pues bien! no obstante mi preferencia declarada por los cabellos rubios, á nadie aconsejaría yo que cambiase el color de su pelo ya sea oscuro, ó negro como el Erebo. La naturaleza da á cada rostro el cuadro que le conviene, y difícil es reprenderla ó corregirla en este particular.

Para sacar buen partido de la cabellera que tengamos, bastará con escoger bien el tocado; pero no deja de ser curioso el que para arreglar sus cabellos, la mujer no consulte nunca ni el color ni el tejido de ellos.

No debemos obstinarnos en rizar nuestros cabellos si son lisos, ni en alisarlos si fueren rizados ó tan solo ondeados. Cier to que algunas figuras necesitan de la aureola que les proporcionan sus cabellos levantados y naturalmente divididos. El cabello negro y el rostro á que sirve de adorno no ganan mucho con el rizado, y en este caso quedan mejor los bucles largos y lustrosos, las trenzas largas. Los cabellos rojizos deben ir ensortijados: desgrefiados, separados los unos de los otros, toman un tin'e suave. Las pesadas trenzas castañas son muy bonitas. Los cabellos rubios pueden adaptarse á todos los tocados: quedan lindísimos en trenzas castamente alisadas, lindísimos en forma de aureola alrededor de la frente.

¿Por qué no se arregla una de acuerdo con sus cabellos y su rostro, en suma "según el aire de la cara" en vez de afearse á veces, arreglándose á la moda?

Debemos también dejar blanquear nuestro pelo. Todas las tinturas que contengan plata ó plomo son perjudiciales, y, además, desmejoran mucho el cabello y el color. Aceptemos, pues, la nieve de los años, que se armoniza con la fisonomía que el dolor y el tiempo nos dan. Además, ciertos rostros rodeados de cabellos blancos se dulcifican y embellecen singularmente, fuera de que hay tanta gracia como dignidad en desdeñar el irreparable ultraje del tiempo.

Y los polvos? me dirá alguno. Yo no me empolvaría el pelo, ni aun teniéndolo blanco, pues los polvos dan cierta dureza á la fisonomía, como todo lo que no es natural. Los rostros delicados del siglo XVIII habrían sido mucho más bellos aún si el Mariscal de Richelieu no hubiese imaginado ocultar sus primeros hilos de plata con semejante harina. Sin embargo, como nada es nuevo bajo el sol, el vencedor de Port-Mahon no tiene ni siquiera el mérito de la invención de la pólvora . . . para el cabello. Los griegos de la antigüedad, que algunas veces teñían de blanco sus cabellos, tenían también la costumbre de empolvarlos de tal modo que les daban el color azulado de los cielos y de la ola ó los hacían tomar (gracias también á polvos matizados) los variables reflejos del cuello de la paloma ó de la miel del monte Himeto.

LA ULTIMA ROSA

Ya marchitas cubrieron la pradera
Las flores que á tu lado alzarse viste;
Y tú brillas aún, rosa postrera,
Ultima flor de mayo, sola y triste!

¿Qué te importan del aura los rumores,
Ni el revolar del pájaro cantando,
Si solitaria estás con tus dolores,
Ultima flor de mayo, agonizando?

¡Es tan triste vivir cuando á la huesa
Nos arrastra mortal melancolía,
Y llora con tu duelo el alma opresa,
Ultima flor de mayo, su alegría! . . .

De tu dolor es mi dolor hermano:
Como tú sobre el tallo doblegada,
Así vive mi alma, y vive en vano,
Ultima flor de mayo, prosternada.

Allá en el cementerio, silenciosa,
Del fruto de mi amor la tumba existe:
En ella te pondré, postrera rosa,
Ultima flor de mayo, sola y triste.

JULIO CALCAÑO.



(Caracas) EDIFICIO DEL CENTENARIO

NUESTROS GRABADOS

Doctor Antonio Ramella

Gobernador del Distrito Federal

Cumpliendo nuestro propósito de dar al público en debida oportunidad los retratos de aquellas personas que los acontecimientos de diverso género colocan en situación de que á ellos se dirija la atención general, colocamos hoy en nuestras páginas el retrato del señor Doctor Antonio Ramella, actual Gobernador del Distrito Federal, ciudadano favorablemente conocido de tiempo atrás como aventajado facultativo y muy apreciable caballero.

Verdi y El Falstaff

Hoy se engalanan las columnas de EL COJO ILUSTRADO con los retratos del glorioso Verdi, de los artistas que tuvieron la dicha de crear los caracteres de la última y grandiosa obra del insigne maestro, y con la copia de la escena final del *Falstaff*.

Sin tener á mano la partitura de la ópera, nos hemos visto precisados á traducir de *Le Figaro Musical*, una revista del extremo, ya que nada podíamos escribir en conciencia por la sola lectura de los diversos juicios que ha merecido de la prensa extranjera la nueva obra de Verdi. Pero sí podemos asegurar que todos los críticos—sin excepción—han empleado al ocuparse de *Falstaff* las frases de mayor encomio.

Plaza de San Francisco

Reproducimos á continuación el suelto que por un error de imposición apareció en esta sección del número anterior, estando destinado al presente en que serían, como lo son, reproducidas las vistas de la antigua plazoleta de San Francisco antes de su transformación.

Para cuántas personas de la nueva generación será grato formarse idea de cómo era la plaza de San Francisco antes de construirse la fachada de la Universidad!

Dos vistas ofrecemos hoy de aquel concurrido punto de Caracas antes y después de plantarse la hermosísima ceiba que hoy cubre con su ancha sombra á corredores, estudiantes y cocheros. Bien que ventajosamente transformado el sitio, el recuerdo es triste para los que más de una vez tuvimos que huir, dejando abandonados en aquella plazoleta los trompos y las metras, á la aproximación de los guardianes del desorden público.

Edificio del Centenario

Construída en un principio para observatorio la parte exterior de este edificio, fué esta completada con la construcción de la interior poco antes del Centenario de Bolívar, con el fin de instalar allí la exposición nacional que tuvo efecto en aquella fecha memorable. Hubo que agregar á este edificio el anexo de la Universidad Central, para la mencionada exposición; y, concluída ésta, ha conservado el nombre de Palacio del Centenario y ha sido destinado á varios objetos, entre ellos el de contener el museo que lleva el nombre de Salón Bolívar y servir de punto de reunión para las Academias de la Lengua y de la Historia.

Asilo de Huérfanos

Ya publicamos en uno de los números correspondientes al primer año de este periódico, la vista de la fachada del Asilo de Huérfanos; hoy publicamos una vista del interior del edificio, y un grupo de los huérfanos asilados, á quienes nuestra caritativa sociedad socorre con incansable solicitud, secundando los laudabilísimos esfuerzos del Doctor Aveledo fundador y director del Instituto.

Enternece el alma la contemplación de ese grupo de inocentes criaturitas sorprendidas por desgracia incomparable en los comienzos de la vida, desamparados cuando más urgente es el amparo, condenados á librar la vida á los azares de la humana compasión. Afortunadamente nunca falta ella en las civilizadas sociedades, y en la nuestra se ven altos ejemplos que consuelan y fortalecen el alma para resistir á los embates del creciente desaliento.

La última rosa

De nuevo viene á ofrecernos bella muestra de su talento artístico la señorita Adina Manrique, en la composición musical con que nos ha obsequiado, y que agradecidos publicamos en el presente número. Es una preciosa melodía compuesta para versos del poeta Julio Calcaño, cuya lira afortunada levanta eco simpático en la cultivada estética de un ángel de la tierra.

INDICADOR DE CALLES Y ESQUINAS

Entre los trabajos útiles que últimamente se han publicado en Caracas, merece especial mención el que acaba de editar las prensas de EL COJO, y que se titula:

Indicador de las calles y esquinas de Caracas

Después que un gobierno cambió por decreto el nombre de calles y de esquinas, los caraqueños, muy dados al *far niente* y apáticos por naturaleza é instinto, ni supieron olvidar la antigua nomenclatura, ni mucho menos aprender la moderna. Así, dar una seña en Caracas es tiempo perdido, pues que muchos de la presente generación ignoran la situación de las antiguas esquinas y muchos de la vieja cepa se embrollan con la terminología de este 3, sur 4 etc.

Tal confusión encontró completo remedio en el *indicador* á que nos referimos, pues por él conocemos á la perfección, no sólo donde quedan todas las esquinas, sino sus equivalencias en números de calles y avenidas, y aún si se quiere la posición topográfica de cada casa.

El libro es de bolsillo y no hay nadie que deba olvidarse de cargarle con sí, para evitarse trabajos y procurarse facilidades.

PIERRI LOTTI

EL PESCADOR DE ISLANDIA

De un artículo publicado en *Le Figaro* de París, correspondiente á 27 de diciembre último, y que lleva la autorizada firma de Mr. Jules Lemaitre, extractamos las siguientes líneas:

«..... los tres libros más hermosos y más «significativos que han aparecido en el año «que termina son *Un Crime d'amour*, *Pêcheur d'Islande* y *L'Abbesse de Touarre*; «tres historias de amor muy sencillas, y que «no son naturalistas. Sus autores son, respectivamente, de Guerle, Pierre Lotti y «Renan.

«De algunos años á esta parte, la literatura se revuelca en refinamientos sensuales y en brutalidades rebuscadas: *Pêcheur d'Islande* (*El Pescador de Islandia*) es, «en suma, la vuelta al gusto clásico, á los «temas sencillos, á los sentimientos verdaderos y naturales.»

Las líneas que preceden son el mejor argumento que pudiéramos invocar en apoyo de nuestra elección, y abrigamos la plena confianza de que *El Pescador de Islandia* encontrará en el público español la misma favorable acogida que ha merecido del público cosmopolita, actualmente á la devoción de los novelistas franceses.

Las madres más celosas de la educación moral de sus hijas pueden poner sin inconveniente alguno en manos de las mismas el presente libro: nada hay en él que ofenda al pudor ni á las creencias.

Diremos, para terminar, que *Pierre Lotti* es el pseudónimo bajo el cual ha conquistado en corto tiempo la más envidiable reputación literaria un brillante oficial de la marina militar de Francia.



I

Cinco eran los hombres, de anchas espaldas y elevada talla, que bebían en una especie de sombrío tugurio de madera, impregnado de un acre olor de salmuera y agua del mar. Aquel camaranchón, de techo demasiado bajo para sus altas estaturas, se estrechaba por un extremo como el cuerpo de una gaviota, y oscilaba débilmente, exhalando un planido monótono, con una lentitud de sueño.

Fuera de allí, adivinábanse la noche y el mar, pero nada se distinguía desde dentro; la única abertura recortada en la techumbre estaba cerrada por medio de una trampa de madera, y no había más luz que la vacilante que irradiaba de una vieja lámpara suspendida.

Varias ropas mojadas se veían puestas á secar en un hornillo, y el vapor que de ellas se desprendía iba á mezclarse con el humo de las pipas de barro, que los bebedores no se quitaban de los labios sino para llevar á ellos sus vasos de hoja de lata.

La maciza mesa, en torno de la cual se hallaban sentados, ocupaba casi totalmente el ancho de la

reducida habitación, salvo un estrechísimo espacio que llenaban unos arcones—que á la vez servían de bancos—atornillados á las paredes de roble. Sobre sus cabezas, casi tocándolas, cruzábanse gruesas vigas, y á sus espaldas había unos huecos á modo de nichos, excavados en los muros de madera, como se ven en los de un cementerio, aguardando á los muertos. Aquello eran las camas. Todo este maderamen era grosero y basto, saturado de sal y de humedad, gastado, pulimentado á trechos por el contacto de los cuerpos.

Nuestros hombres habían hecho copiosas libaciones de vino y sidra: así, pues, el regocijo de vivir iluminaba sus semblantes, que revelaban el valor y la franqueza. Su conversación, en el dialecto de la Bretaña, versaba sobre cosas de mujeres y de casamientos.

Contra un tabique del fondo y sólidamente sujeta, velase una Virgen de barro pintorroado, ocupando el sitio de honor. La estatua debía ser ya bastante antigua, y la pintura de que estaba revestida era propia de la infancia del arte. Detalles eran éstos que escapaban por completo á la fe ciega de los rudos marinos, para quienes aquel símbolo, modesto y todo, era la incomparable patrona, la venerada Estrella de los mares. La túnica y el manto de la Virgen, pintados de azul y bermellón respectivamente, hacían el efecto de una nota linda y fresca, en medio de los tonos grises de aquella pobre habitación de madera.

La estatua de barro había debido escuchar más de una ardiente plegaria en las horas de angustia. A sus pies, y por único adorno, había dos ramos de flores artificiales y un rosario.

Los cinco marineros vestían de una manera uniforme: camiseta de grueso paño azul, cuyos extremos desaparecían en la cintura del pantalón: sobre la cabeza, la montera ó casco de tela embreada, que la gente de mar designa por el nombre de *sudeste* ó *sueste*, derivándolo del viento SO., que trae las lluvias en nuestro hemisferio. Sus edades eran diversas: el patrón parecía tener unos cuarenta años; los otros tres aparentaban de veinticinco á treinta. El último, á quien llamaban Silvestre ó *Lolón* sólo contaba diez y siete. Por su estatura y por su fuerza era ya un hombre enteramente formado, y una barba negra, rizada y fina cubría sus mejillas; pero sus ojos, de un gris azulado, sobremanera dulces y cándidos, habían conservado intacta esa expresión de inocencia, peculiar á los ojos de los niños.

Apretados unos contra otros, á causa de la escasez de espacio, parecían gozar de un agradable reposo así acurrucados en su exiguo retiro.

Allá fuera debían imperar el mar y la obscuridad; la infinita desolación de las aguas negras y profundas. Un reloj de cobre, colgado de un clavo á la pared, señalaba las once, y en los intervalos de silencio se oía el ruido de la lluvia al caer sobre las tablas.

Hablaban alegremente de matrimonios y de amores, pero sin proferir una palabra inconveniente: ya eran proyectos sobre los que todavía estaban solteros, ya historietas graciosas ocurridas en el país durante algunas fiestas de boda. Verdad es que á veces uno de los marineros arriesgaba, acompañándola de sonora carcajada, tal cual alusión demasiado franca al placer de amar y ser amado; pero el amor, tal como lo entienden los hombres del temple de nuestros héroes, es siempre una cosa honesta que conserva cierta castidad hasta en su misma crudeza.

El buen Silvestre empezaba á enojarse por la ausencia de Juan, que no acudía á la reunión. ¿Qué diablos podía estar haciendo Juan allá arriba? ¿Por qué no venía á tomar parte en el bienestar de sus compañeros? De pronto, irguióse el patrón, y asomando la cabeza por la trampa de madera, cuya cubierta había levantado, gritó con voz estentórea:

—¡Juan, Juan! ¡Ah del hombre! Es ya cerca de la media noche.

El hombre contestó desde fuera:

—¡Ahora bajo!

Una claridad pálida y extraña, que podía confundirse hasta cierto punto con la del día, entraba entonces por el hueco de la escotilla. «Cerca de media noche», había dicho el patrón, y sin embargo, aquella claridad parecía un rayo de sol velado; algo como un destello crepuscular, reflejado desde lejos por espejos misteriosos.

No tardó en oírse el ruido de los toscos zapato-

nes del hombre que bajaba la escala de madera. Cerró tras de sí la escotilla, volviendo á reinar en la camareta la obscuridad apenas rasgada por la amarillenta luz de la lámpara.

Juan entró encorvado en dos como un gran oso, porque su estatura de gigante no le permitía estar de pie derecho en un local de tan reducida altura. En efecto; su cuerpo sobresalía considerablemente de las proporciones ordinarias de los hombres, y ostentaba una vigorosa musculatura, que se señalaba en relieve bajo su camiseta de paño azul. Tenía unos grandes ojos pardos, dotados de extraordinaria movilidad y animados por una expresión de fiero orgullo.

Silvestre abrazó á Juan, estrechándole con ternura á la manera de los niños; el chico era el prometido de la hermana del gigante, á quien trataba con el cariño que hubiera tenido por un hermano mayor. Juan se dejaba abrazar con un aire de león domesticado, y correspondía con una bondadosa sonrisa á las demostraciones de su joven camarada.

Llenáronse de nuevo los vasos así que Juan se hubo sentado, y se llamó al grumete para que pusiera más tabaco en las pipas y las encendiera. El objeto real de semejante maniobra no era otro que el de proporcionar al chico una ocasión para que fumase un poco á sus solas. Era un muchacho robusto, con una cara muy redonda, y pariente más ó menos lejano de los demás tripulantes del barco. Por lo tanto, aparte de su trabajo, bastante rudo, era el niño mimado de abordó.

Juan le hizo beber en su baso, y luego lo mandó acostar.

Entretanto continuaba la gran conversación de los casamientos.

—Y bien, Juan—interrogó Silvestre—¿cuándo festejaremos tus bodas?

—Verdaderamente—dijo el patrón—debía darte vergüenza de pensar que un hombre tan grande como tú no esté todavía casado á los veintisiete años. ¿Qué dirán de tí las muchachas cuando te ven?

El interpelado, encogiéndose de hombros con un gesto desdenoso para las mujeres, contestó de este modo:

—¡Bah! yo no me caso más que por horas.

Juan acababa de cumplir sus cinco años de servicio en la marina del Estado. Allí había aprendido á ser escéptico tratándose del bello sexo.

Las teorías de Juan en este punto, hacían daño á Silvestre, llenándole de sorpresa. El era un muchacho casto, educado en el más absoluto respeto hacia los sacramentos por su anciana abuelita, viuda de un pescador de la aldea de Ploubazlanec. De pequeñito llevábale con ella cada día á rezar una parte de rosario sobre la humilde tumba de su madre. Desde el pequeño cementerio, situado sobre la muralla de rocas que domina el mar, divisaba á lo lejos las aguas grises del canal de la Mancha, donde su padre halló la muerte en un naufragio. Como la abuela y el nieto eran pobres, desde tierna edad tuvo Silvestre que navegar á la pesca, y su infancia habíase deslizado en la soledad del mar; pero ni una sola noche dejaba de rezar sus oraciones, y su mirada había conservado su candor religioso.

También Silvestre era guapo, y después de Juan, la mejor figura de á bordo. Su voz dulce y sus entonaciones infantiles, contrastaban un poco con su alta estatura y su barba negra. Había crecido tan pronto, que casi experimentaba cierto embarazo al contemplarse súbitamente tan alto y tan fornido.

En la estrecha camareta no había más que tres literas para dormir, siendo seis los tripulantes; lo que obligaba á tres de ellos á velar, en tanto que los tres restantes se entregaban al sueño. Así, pues, cuando hubieron puesto fin á la pequeña fiesta celebrada en honor de la Santa Patrona del barco, que fué ya cerca de la media noche, la mitad de los marineros ocuparon los pequeños nichos negros que allí hacían oficio de cama, mientras sus compañeros subieron sobre cubierta para continuar la interrumpida faena de la pesca. Estos últimos eran Juan, Silvestre y un paisano de ambos, llamado Guillermo.

Una vez arriba volvieron á la claridad, pero á aquella claridad pálida que no se parecía á ninguna otra, y que arrastraba sobre las cosas unos reflejos como del sol extinto. En torno de los pescadores comenzaba sin transición un vacío inmenso,



INTERIOR DEL ASILO DE HUÉRFANOS (Caracas)



GRUPO DE HUÉRFANOS DEL ASILO

que no era de ningún color: más allá de los costados de su barco, todo parecía diáfano, impalpable, quimérico.

La vista apenas se daba cuenta de lo que debía ser el mar: al pronto, aquello revestía el aspecto de una especie de espejo tembloroso que no tuviese imagen alguna que reflejar; más lejos, al prolongarse, parecía convertirse en una llanura de vapores, y después, nada más... allí no se divisaba horizonte ni contornos.

La frescura húmeda del aire era más intensa, más penetrante que el verdadero frío, y al respirarla, se sentía un fuerte gusto á sal. Todo estaba en calma y había cesado de llover: en lo alto, unas nubes informes é incoloras parecían contener aquella luz latente que no se explicaba; se vela claro, y sin embargo, se tenía conciencia de la noche, y todas aquellas palideces de las cosas, carecían de una tinta que pudiera ser designada con un nombre conocido.

Los tres hombres que presenciaban semejante espectáculo vivían desde su infancia en aquellos fríos mares, en medio de sus fantasmagorías, vagas y opacas como visiones: sus ojos estaban bien acostumbrados á contemplar los extraños cambios de aquel infinito indefinible, sucediéndose perpe-

tuamente en derredor de su estrecha habitación de tablas.

La embarcación seguía meciéndose lentamente sobre sus anclas, repitiendo siempre su mismo crujido plañidero, monótono, como una canción bretona murmurada por un hombre dormido. Juan y Silvestre habían preparado rápidamente sus anzuelos y sus cordeles de pescar, mientras su compañero abría un barril de sal, y afilando un gran cuchillo, se mantenía detrás de los otros dos, aguardando el momento de ejercer su cometido.

No tardó en tener ocasión para ello. Apenas habían echado sus cordelillos en aquel agua tranquila y fría, los retiraron con pesados peces, de un luciente color gris de acero.

Y siempre, siempre, los bacalaos vivos se dejaban coger con los anzuelos, sin que hubiera intervalos en aquella pesca rápida é incesante. El tercer marinero abría el vientre de los pescados con su gran cuchillo, los aplastaba, los contaba, los salaba, y los tres contemplaban entusiasmados toda aquella salazón, cuyo producto debía ser la recompensa de su trabajo.

Las horas transcurrían monótonas, y con ellas la luz iba cambiando lentamente, haciéndose más real. Lo que había sido un crepúsculo lívido, una especie

de noche de verano hiperbórea, tornábase, sin intermedio de obscuridad, en algo á manera de una aurora reflejada por todos los espejos del mar en vagas ráfagas de color de rosa.

—Ten por seguro que debías casarte, Juan—dijo súbitamente Silvestre con gran seriedad, sin separar la vista de los corchos de su cordelillo.

—¿Yo? En efecto, pienso celebrar la boda un día de éstos, pero no con ninguna muchacha del país: mis bodas serán con el mar, y os convidó á todos al baile.

Juan acompañó su respuesta con la desdenosa sonrisa que se dibujaba en sus labios siempre que le hablaban de matrimonio.

Nuestros marinos continuaron pescando, porque no había que perder el tiempo en fútiles conversaciones; el barco ocupaba en aquel momento el centro de una innumerable tribu de pescados, de un *banco viajante* que llaman ellos, y cuyo desfile duraba desde hacía cerca de dos días. Todos los que componían la tripulación habían velado la noche antes, y en treinta horas habían atrapado más de mil gruesos bacalaos; sus brazos estaban fatigados, y se caían de sueño. Puede decirse que sus cuerpos eran los que se mantenían en vela, y continuaban por impulso maquinal las operaciones de pesquería, mientras que por instantes sus espíritus flotaban en pleno sueño. Pero aquel aire del lago que respiraban era puro y virgen como en los primeros días del mundo, y de tal modo vivificante que, á pesar del cansancio, sentían dilatados sus pulmones y frescas sus mejillas.

La luz matinal, la verdadera luz, había concluido por hacer su aparición; como en los tiempos del Génesis, hablase separado de las tinieblas, que se mantenían allá en el lejano horizonte, formando pesadas masas. Al ver aquella claridad era cuando se daba uno cuenta de que se salía de la noche, y que aquella dudosa claridad de antes, había sido vaga y extraña como la de los sueños. En el cielo, muy cubierto, muy espeso, había á trechos desgarraduras, como brechas abiertas en la cúpula de una catedral, por las que penetraban grandes rayos plateados, teñidos de rosa. Las nubes inferiores estaban dispuestas en una faja de sombra intensa que formaba el circuito de las aguas, llenando los términos lejanos de indecisión y obscuridad. Daban aquellas nubes la ilusión de un espacio cerrado, de un límite; eran como á modo de cortinas corridas sobre el infinito; como velos tendidos para ocultar misterios demasiado gigantescos, que habrían turbado la imaginación de los hombres.

Aquella mañana, en torno del pobre barco que servía de casa flotante á Juan y á Silvestre, el mundo exterior había tomado un aspecto de inmenso recogimiento: se había dispuesto como un santuario, y los haces de rayos que penetraban por las aberturas de la bóveda del templo se alargaban en reflejos luminosos sobre el agua inmóvil, como sobre un pavimento de mármol. Luego, poco á poco, se vió destacarse á lo lejos otra quimera; una especie de recorte elevado color de rosa, que no era sino un promontorio de la sombría tierra de Islandia.

¡Las bodas de Juan con el mar! Silvestre no cesaba de pensar en ellas, sin dejar por eso de atender á su pesca ni atreverse á despegar los labios. Había sentido una tristeza al oír á su hermano mofarse así del sacramento del matrimonio, y sobre todo, como era supersticioso, aquella burla le había causado miedo.

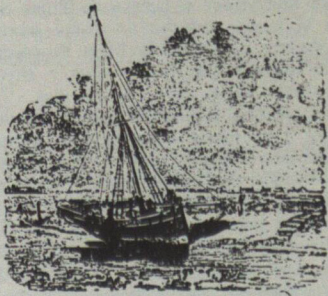
¡Cuántas veces había pensado el buen Silvestre en el casamiento de Juan! Soñaba que había de casarse con Margarita Mevel—una linda rubia de Paimpol—y que él tendría el júbilo de bailar en la fiesta antes de partir para el servicio, para aquel destierro de cinco años, de donde no siempre se vuelve, y cuya inevitable cercanía empezaba á oprimirle el corazón.

Eran las cuatro de la mañana cuando otros tres marineros llegaron para relevarles. Medio dormidos todavía, aspirando en pleno el aire frío, subían acabando de calzarse sus grandes botas, y cerraban los ojos deslumbrados por la impresión súbita de todos aquellos reflejos de luz pálida. Entonces Juan, Silvestre y sus compañeros de *cuarto* tomaron su desayuno de galleta durísima, aún para mandíbulas tan fuertes como las suyas. La idea de que iban á poder dormir bien abrigados en sus camastros les había puesto muy contentos, y cogiéndose unos á otros por la cintura, emprendieron el camino de

la escotilla, meciéndose al compás de una canción antigua.

Antes de desaparecer por la boca de escotilla, se detuvieron á jugar con Turco, el perro de á bordo; joven cachorro de la raza de Terranova, que principió por tirarles pequeños bocados en las manos, y concluyó por hincarles los dientes en serio. Juan, entonces, con un fruncimiento de cólera en los ojos, lo rechazó de un puntapie que le hizo prorrumpir en lastimeros quejidos.

Juan tenía el corazón bueno; pero su naturaleza había conservado algo de salvajismo, y cuando sólo era su ser físico el que tomaba parte en las cosas de la vida, una suave caricia solía en él ser precursora de una brutal violencia.



Continuará

LUMEN

Tras las verdes persianas está mi amada,
Tras alegres tapices de madreselvas,
Y el sol de sus pupilas hasta mí irrada,
De esas grandes pupilas que desesperan.

Abajo arden las rosas cual vivas llamas,
Y flotan en los aires de polen llenos,
Las almas de las flores enamoradas,
La mirra y ambrosía de ardientes besos.

Cantan mares y selvas su melopea,
Alfombran los senderos lirios y nardos,
Y á las auras campeon como banderas
Las flores y retoños de los naranjos.....

¡Puntead dolientes guzlas, sonoras arpas,
Galanes y amadores de Primavera;
Mas no miréis las grandes pupilas áureas
Tras los verdes tapices de madreselvas!

Tejen aves, insectos y mariposas
La danza misteriosa de los amores,
Y el sol que cabrillea sobre las olas
Pone cual con el vino los corazones.

Cambiantes de esmeraldas, sedefos copos
De espumas vaporosas que el viento quiebra,
Blancuras de alabastro, botones de oro
Que entre mirrinas ondas su broche enflecan;

Azules lejanías que el sér ensanchan,
Imágenes radiosas que frescas surgen,
Golpes de luz que enervan, calor sagrada,
Que en fervidos raudales del pecho fluye.....

¡Cuánto sol en los ojos y en las mejillas,
Cuánto suspiro ardiente que en llamas brota,
Cuánto estallar de besos y de sonrisas,
De músicas y ensueños que el alma enfloran!

¡Lejos con vuestras guzlas y serenatas,
¡Oh, dulces rondadores de Primavera!
Que no os quieren las grandes pupilas áureas
Tras los verdes tapices de madreselvas.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

LOS POR QUÉ

DE LA SEÑORITA SUSANA

POR

EMILE DESBEAUX

Continuación

—¡De ese modo todos estarán contentos!

—En efecto, respondió el abuelo á quien hizo gracia la salida de su nieta.

—Ahora, continuó la curiosilla, dime como haces el invierno, la primavera, el verano y el otoño.

—Eso es algo más difícil, pero vamos á intentarlo. Al mismo tiempo que la Tierra gi-

ra sobre sí misma para hacer los días y las noches, gira también al rededor del Sol para hacer las estaciones.

—¡Y cómo lo consigue?

—Así, poco más ó menos, dijo el abuelo paseando al rededor de la luz la naranja que había traspasado con el lápiz; más para que tú comprendas esto mejor, he de hacer en tu presencia un dibujo explicativo.

La niña tenía allí papel, plumas y lápices, y el abuelo no tuvo más que ir al cuarto de Pablo á buscar una caja de compases.

Con ayuda de dos alfileres clavados en el papel y unidos por un hilo, describió con un lápiz el círculo imperfecto que se llama elipse y que es el camino seguido en el espacio por la Tierra.

Sobre la línea del círculo, trazó con el compás doce circunferencias mucho menores que habían de representar el globo en que vivimos.

Entre estos círculos pequeños escribió el abuelo: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, setiembre, octubre, noviembre y diciembre.

En el interior del círculo más grande, trazó otro circulito algo mayor que los doce trazados en la circunferencia.

Este era el destinado á representar el Sol.

El abuelo procuró indicar, por medio de líneas concéntricas, que la Tierra tiene la forma de una bola. Con un punto negro marcó el sitio del polo norte.

Después, á fin de determinar el objeto de su dibujo y para dar más valor á su demostración, hizo un pequeño cuadrado en cada uno de los doce círculos que le servían para representar la tierra.

El pequeño cuadrado era París, esto es, el punto que en el trayecto recorrido por la Tierra alrededor del Sol, iba ocupando sucesivamente la gran ciudad cosmopolita y revolucionaria.

El abuelo había tenido cuidado de conservar al alcance de su mano la naranja atravesada por el lápiz, de que antes se había servido.

Cogió, pues, la naranja, y marcó igualmente un cuadradito, con pluma y tinta, en cierto punto de la cáscara.

Este nuevo cuadrado, también era París.

Pensaba el abuelo, con razón, que era necesario unir á la teoría la práctica.

La niña observaba con sorpresa las diferentes operaciones.

—¿Vas á acabar pronto, abuelito? preguntó por fin con impaciente curiosidad.

—Sí, contestó el viejo, y puesto que tú has querido conocer como la Tierra al dar vueltas al rededor del Sol produce el invierno, la primavera, el verano y el otoño, esto es, las cuatro estaciones, es necesario que ahora me prestes oído atento.

—¡Pues atiendo con los dos oídos! exclamó Susanita.

CAPÍTULO XV

LA PRIMAVERA, EL VERANO, EL OTOÑO
Y EL INVIERNO

El abuelo había sonreído al oír la entusiasta exclamación de su nieta.

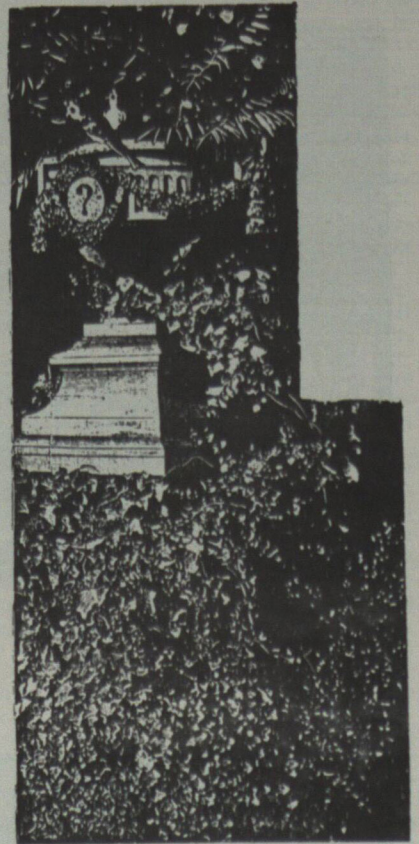
—Pues bien, dijo, ¿yme con tus dos oídos y mira con tus dos ojos.

Tú estás viendo en el dibujo el sitio en que he escrito la palabra invierno. La Tierra, en invierno, se halla ahí.

—¿Es de ahí de donde sale?

—No. Tú debes comprender que, viajando sin cesar y siempre en el mismo círculo, no hay para ella estación de partida ni de llegada. Por consecuencia, la Tierra no sale de ahí ni de otro punto, aunque pase por todos sucesivamente. Pero los hombres han necesitado discurrir un medio de indicar y dividir el tiempo; tal es el calendario. Al tiempo que emplea la Tierra en dar la vuelta alrededor del Sol, se ha decidido darle un nombre y se llama "un año"; como también se ha resuelto empezar el año ó comenzar la cuenta en el instante en que la Tierra está más cerca del Sol, pues como observarás en el dibujo, el círculo en que ella gira alrededor del Sol, no es un círculo perfecto; aprovecho la ocasión para decirte que este género de círculo se llama elipse.

—Es verdad, dijo la niña que miraba el dibujo



atentamente. Pero siendo así, cuando la Tierra está más cerca del Sol debe ser el calor mucho más grande.

—Esa reflexión es muy juiciosa, contestó el abuelo, y me place oírte. Pero es preciso, para que comprendas bien, que no apartes los ojos de este cuadradito negro por mí trazado en la Tierra, tanto en el dibujo como en la naranja. El cuadradito es París. Veamos pues lo que sucede en París, esto es, en el punto en que habitamos.

Cuando en París es invierno, la tierra está más cercana al Sol que cuando en París reina el verano. El hecho es cierto. Lo has hecho constar tú misma, extrañando que al acercarnos al fuego sintamos más frío que cuando nos alejamos.

—Sí.

—Pero necesitas hacerte cargo de la posición que París, y naturalmente la región que lo circunda, ocupa sobre la Tierra en semejante ocasión. Entonces está París más cerca del Sol, es cierto, pero no está enfrente de él; los rayos solares, en lugar de caer de lleno sobre nosotros, se deslizan oblicuamente sobre la superficie de nuestra región, calentándola apenas. Con mucho trabajo pesca París algunos rayos de ese benéfico Sol, y eso de soslayo y por algunas horas solamente. Lo cual, por otra parte, explica por qué entonces los días son tan cortos y las noches tan largas.

Para hacer más visible su demostración, el abuelito levantó la naranja delante del globo del quinqué poniéndola en posición semejante á la de la Tierra en el dibujo; y así pudo ver la niña que el cuadrado negro, indicador de París, era acariciado apenas por la luz.

—¿Has comprendido? preguntó él.

Forzoso es reconocerlo. Ella no parecía estar demasiado convencida.

Plegó la niña su frente bajo la impresión de una atención profunda; más no lograba por eso penetrarse bien de por qué hacía más frío, exactamente cuando se estaba menos distante del Sol.

¡Diablo! dijo el abuelo un poquito contrariado al ver la expresión significativa de su nieta.

¿Cómo voy á ingeniarle para que comprendas? Y el viejo, desconcertado, buscó maquinalmente con la vista entre los objetos del salón.

Continuará

(Véase la página 146)

Sony etto

Camfox

Siano

P

2) Cl mar

effekt:

vita.

Sento:

A piacere:

con Solore:

५०

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

SUMARIO:

LAS DAMAS CORIANAS

JOSEFA CALCAÑO DE CARAGOL

MODAS

NECROLOGIAS

SÁLVESE QUIEN PUEDA

INDICADOR DE LAS CALLES DE CARACAS

Hay, amables lectores míos, en ésta nuestra querida Venezuela una ciudad gala del occidente, perla engastada en las riberas del Caribe, patria de hombres de pró en los lides de las armas y en los torneos del ingenio, asiento de una sociedad que debe ser orgullo nuestro y que de diario se muestra digna del rango á que la elevaron preclaros miembros suyos como García de Quevedo el poeta y Falcón el magnánimo. Yo os invito, lectores, á enviarla un saludo afectuoso y entusiasta: os pido una palabra de admiración para la noble y culta sociedad coriana. ¿Sabéis por qué? Porque ella se alza hoy sobre vuestras miserias y deja oír su voz para recordarnos que, atentos sólo á mezquinos intereses, vamos teniendo en menos cada día algo de trascendencia principal en la vida de los pueblos: el cultivo del espíritu.

La sociedad de Coro se opone á esa tendencia lamentable al menosprecio de las letras que cunde desgraciadamente entre nosotros, y con prezo al pecho y títulos de gloria entre las manos, se yergue, y encarándose con el dormido pueblo venezolano lo apostrofa de este modo: "duerme, olvida que á tus pasados laureles, la conquista de ayer, debes juntar los triunfos del ingenio, la conquista de hoy. Cierra los oídos al himno universal, de pro-fundis de la espada y *hossanna* de la pluma: "duerme, que yo velo, y, como amante hermana, tejo corona de gloria para todos."

¿No equivale á esto, pregunto, el hecho de consagrar la mujer coriana el vagar que la dan las atenciones de la familia al cultivo del espíritu? Allí priva sobre la tijera la pluma y sobre la novela hueca y pernicioso el libro que dá al alma savia de saber y á la fantasía frondosidad.

Dos sociedades literarias de señoras dan vida permanente en Coro á dos publicaciones periódicas nutridas de buena lectura, graneros donde se acopia la abundante cosecha del ingenio en aquella tierra afortunada.

Qué porvenir el de un pueblo donde al niño dá la madre ejemplo de noble empeño y no de liviandades!

Ya que hablamos de damas escritoras, no dejemos pasar en blanco la oportunidad de enviar la expresión de nuestra gratitud á una dama distinguida y talentosa, compatriota nuestra, que reside en Liverpool, y que ha tenido la galantería de enviar directamente á este periódico un bello escrito, obra de su ingenio, titulado *El Pozo de los Angeles* y publicado con placer por parte de la empresa en este mismo número de *El Cojo ILUSTRADO*.

La dama á que nos referimos es la señora Josefa Calcaño de Caragol, hija del afamado poeta amigo nuestro don José Antonio Calcaño; y es esta la ocasión de manifestar cuan satisfactorio es para esta empresa engalanar las columnas del periódico con producciones literarias ó artísticas de la mujer venezolana á quien Dios se ha complacido en dotar de virtud, de inteligencia y de belleza.

De ordinario, tratándose de modas, se dirigen los disparos de la crítica á las que introducen y siguen las mujeres en su vestir; y parece estar tácitamente convenido que el hombre puede ponerse impunemente en ridículo, llevando vestidos que con frecuencia llegan á los límites de la extravagancia. Hoy, por ejemplo, sólo debieran ser objeto de la crítica las modas de los hombres, y, si no, díganme ustedes si hay algo de más ridículo que la figura de un lechuguino en estos días.

Ayer tropezé con uno que debió de reventar poco después, según iba de espondado dentro de una levita de tela peluda que le llegaba á los tobillos. Iba departiendo sobre filosofía moderna con un compañero á quien le decía con énfasis dramático: gueeeee...rra á las so...taa...nas! y el infeliz estaba metido dentro de una que mucho le asemejaba á un venerable señor cura del alto llano. El compañero llevaba lo que llaman los franceses *jaquet* y nosotros *paltó-levita* y que debiera llamarse por ahora caparazón. El pobre diablo parecía, visto por detrás, uno de esos *bachacos*.....¿cómo lo diré?.....*bachacos indecentes*.

Al de la levita se le cayó el bastón, y como se bajase á recogerlo, los faldones de aquella se rozaron con el suelo donde había una rama de malojo que se adhirió á la peluza de la tela, de suerte que cuando el lechuguino echó de nuevo á andar llevaba la cena de rabo.

El del caparazón tenía, en vez de pantalones, unas bragas de franela color de crema, y en la cabeza, algo así como la semi-reducción de un menos que mediano bosquejo de ligero simulacro de chistera.

Pasaron cerca de ellos unas damas, y ambos se quitaron al mismo tiempo aquellas cosas que llevaban en la cabeza y las bajaron con rapidez hasta golpearse con ellas las choquezuelas, dejando al aire dos magníficos y flamantes deshoilladores que hacían honor á los talleres de Mansón.

"¿Y será que se formen de ese modo

"Los ánimos heroicos, denodados,

"Que fundan y sustentan los Estados?"

*

Han muerto en estos días varias personas muy respetables y extensamente relacionadas en Caracas.

El señor Antonio J. Carranza, ciudadano ejemplar, padre de numerosa y muy respetable familia, hombre de carácter bondadoso y amigo á toda prueba; fué una de los más antiguos profesores de pintura, bajo cuya dirección empezó sus estudios la mayor parte de las personas que han cultivado entre nosotros aquel arte excelso, excepto las de la nueva generación.

El señor General Andrés A. Level, hombre público que no obstante haber desempeñado muchos y notables empleos ha muerto pobre y estimado. Fué escritor de pluma fácil y galana, poseía carácter tolerante y expansivo y adornábanle especiales prendas de social cultura.

El señor Doctor Pedro Arnal, joven médico muy querido de cuantos tuvieron la fortuna de tratarle y tenido generalmente en justa estima. Se distinguió mucho en la política habiendo en ella dado pruebas de no comunes dotes de honradez, circunspección é inteligencia. Ocupó altos puestos públicos y supo sembrar solo simpatías. La muerte de este apreciable caballero ha causado, por lo repentina, general sorpresa, y, habiendo ocurrido cuando ya estaba impresa parte de este número de *EL COJO ILUSTRADO*, en él aparece la bella poesía que al Doctor Arnal había dedicado su amigo el inspirado poeta Francisco Pimentel.

La señorita Albertina Zérega Fombona, hija del señor Alberto Zérega cuya reciente desaparición tanto lamenta nuestra sociedad. Deja la niña angelical este mundo de dolores á la bella edad de quince años, cuando empiezan á presentarse los espejismos de las ilusiones y boga el alma en el mar de la esperanza por entre flores y sonrisas. ¡Feliz el alma que se vá así al cielo sin el amargo dejo de la tierra!

Corre también copioso llanto por la desaparición de tres ángeles de la tierra, en tres hogares respetables para todos, menos para la muerte, que artera ha entrado en ellos para arrebatarse tiernas criaturas á los amantes brazos de sus padres. Lloran afligidos por idéntica desgracia los apreciables caballeros Doctor Antonio Ramella, Evaristo Díaz y Guillermo Rodríguez.

La empresa de *EL COJO ILUSTRADO* envía respetuoso y triste recuerdo en tan dolorosas circunstancias á las familias Carranza, Rojas, Level, Arnal, Zérega, Fombona, Ramella, Díaz y Rodríguez.

*

Son, á lo que entendemos, de carácter paludoso las fiebres que de alarmantisima manera están diezmando actualmente la población de Caracas. Niños y adultos, aquellos los más, devorados por violenta combustión, desaparecen en horas ante las atónitas miradas de médicos y deudos; y á fe que no se comprende cómo á la hora presente no andan activamente ocupados en determinar la causa, para combatirla, del pésimo estado sanitario de Caracas, así los facultativos como en general todas las personas á quienes está encomendada la vigilancia de la salud pública. ¿Es acaso desconocida la tal causa? No, el público la señala con el dedo y el clamor por anularla es general; pero los brazos caen desalentados y el clamor se pierde sin eco en el vacío.

Las cloacas llenas de estancadas inmundicias envían á la atmósfera venenos impalpables. Cada ráfaga levanta de las calles nubes inmensas de sutilísimo polvo donde pululan millones de millones de microbios, que viven y se reproducen á favor de la actual temperatura. Todas las miradas se dirigen á las nubes implorando el beneficio del elemento bendecido; pero parece que priva por allá también el monopolio y no ha de llover sino para aquellos que pongan medidor en los tejados.

*

Una publicación de indiscutible utilidad acaba de hacerse en los talleres de esta Empresa: el *Indicador de las Calles y Esquinas de Caracas*. Es un cuadernito de 16 centímetros de largo por 9 de ancho y que constante de sólo 46 páginas puede llevarse cómodamente en el bolsillo. Encuéntrase allí metódicamente combinados los dos sistemas de calles numeradas y nombres de esquinas, de suerte que, sin vacilación, puede cualquiera que consulte el cuadernito, encontrar prontamente la situación de la casa cuya dirección tenga, sea en la forma de *calle tal, número tal*, sea en la de *entre las esquinas de tal y de cual, número tanto*.

EL COJO ILUSTRADO obsequia hoy á sus abonados con un ejemplar del mencionado Indicador.

*

Con este número empezamos la publicación de un nuevo folletín que esperamos agradará á nuestras amables lectoras tanto como el que concluyó en el número anterior; y ya que á nuestras lectoras nos dirigimos aprovechamos la ocasión para excitar á aquellas que gustan de cultivar en secreto las bellas letras, á honrarnos con sus producciones siempre que se resuelvan á ceder un tanto de su excesiva modestia consintiendo en dar al público la firma.

BIENVENIDA

Se halla entre nosotros el señor Juan Marlin, Apoderado de la casa de los señores Amédée Prince & Ca. de París.

Muy conocida es entre nosotros la casa de dichos señores Prince & Ca., como una de las principales en su ramo de Agencia de anuncios.

Deseamos al señor Marlin días felices á su paso por esta ciudad, y tenemos el gusto de ofrecerle nuestra empresa periodística.

ISIDRO ESPINOSA

Hombre honrado fué su padre. Al partir para la Eternidad, dejó en triste desamparo seis hijos, de los cuales Isidro, que era el mayor, contaba apenas catorce años. Asumió el niño el carácter de padre de familia, y dejó de ser niño para ofrecer sus hombros á solemnes deberes, para ser prematuramente hombre juicioso, pensador y serio.

Sostuvo con sus propios esfuerzos, en rango principal, á su señora madre, que era su alegría; elevó á gran altura á tres hermanos, de los cuales dos le precedieron en el viaje inevitable, y educó en el santo temor de Dios á dos hermanas, galas de la sociedad de Valencia: una de ellas, la menor, junto con la madre, está lejos, muy lejos, allá en las regiones de atmósfera divina habitadas por las almas justas.

Fué Isidro Espinosa todo un carácter.

Naturaleza de acero, cerebro infatigable, entendimiento poderoso, inteligencia florida, corazón generoso, todo lo puso á contribución en obsequio á la familia, que era su religión y en obsequio á la Patria, que era su culto.

Sus merecimientos lo elevaron en el respeto y consideración de sus conciudadanos, y fué figura notable en los estrados de la cultura y en el escenario de la política.

Fué hombre de luz propia, de mérito intrínseco y exclusivo; fué de esos hombres, raros por desgracia, que, como el diamante, tienen brillo y valor indisputables.

La muerte de un hombre de tales circunstancias no es sólo la muerte del padre de familia: es la desaparición de lo no reemplazable; es un acontecimiento doloroso, es una esperanza menos para la Patria.

Su nombre y su ejemplo son el mejor título y la mejor herencia de sus hijos.

Vaya á la viuda la expresión de mi pésame.

Llegue á Carabobo mi palabra de condolencia.

J. J. BRECA.

PERMANENTE

EL COJO ILUSTRADO agradecerá mucho se le remitan para la publicación en este periódico, fotografías de vistas, paisajes, edificios, etc., etc., de Venezuela.

ELEGIA

RECITACION AL PIANO

A MI MADRE!

Jesús María Suárez

Lento

First system of musical notation, treble and bass staves, 3/4 time signature, piano (p) dynamic marking.

*stringendo**morendo*

Second system of musical notation, treble and bass staves, including a crescendo (Cresc) marking and a 'Piu mosso' tempo change.

Third system of musical notation, treble and bass staves, featuring the lyrics "Oh! amor de mis amores" and "Oh! encanto de mi".

Fourth system of musical notation, treble and bass staves, featuring the lyrics "vida, Que sola triste i ligubre" and "Dejaste el alma mia,".

Fifth system of musical notation, treble and bass staves, featuring the lyrics "Oh! madre idólatra, si desde allá me miras, contemplarás doliente".

Sixth system of musical notation, treble and bass staves, featuring the lyrics "Ni fuente pensativa. Penetrarás en mi alma Que encontrarás sombría,".



RECITACION

ELEGÍA, Á MI MADRE!

Oh! amor de mis amores,
Oh! encanto de mi vida,
Que sola, triste y lúgubre
Dejaste el alma mía:
Oh! madre idolatrada,
Si desde allá me miras,

Contemplantas doliente
Mi frente pensativa.
Penetrarás en mi alma
Que encontrarás sombría,
Pues ya no reina en ella
La placida alegría;
Y lleno de zozobras
Que nunca conocía,
Verás mi corazón
Que lucha noche y día.
Por que ya no oigo madre
Tu voz dulce y querida,

La voz del amor santo
Que tú por mí sentías;
Por que sólo temores
Tristeza y ruda lidia
Rodean mi existencia,
Acaban con mi vida;
Por que ya no te veo
Madre del alma mía.

J. M. SUÁREZ.